





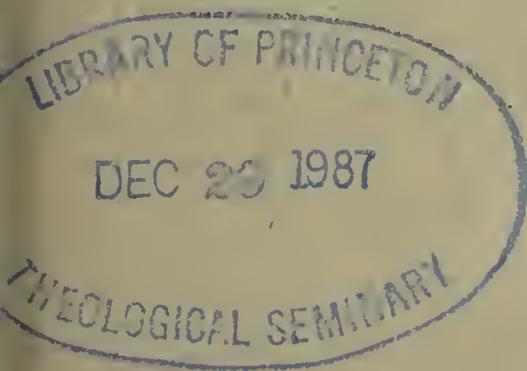
Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

LAP

ESTUDIOS

EDITORIAL: "HACIA LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS HISPANICOS". — ARTURO FONTAINE ALDUNATE: "TODO O NADA, ACTITUD VITAL DE ESPAÑA". — BROOKS ATKINSON: "TRAS LA CORTINA DE HIERRO SOVIETICA". — RAIMUNDO LARRAIN IRARRAZAVAL: "FRENTE A LA SOLUCION COMUNISTA". — MIJAIL ZOTCHENKO: "AVENTURAS DE UN MONO". — ALFONSO RAFFAELLI: "EL DRAMA DE LA JUVENTUD EN ITALIA". — CARLOS BOUSOÑO: "CRISTO ADOLESCENTE".

LA AGUJA DEL TIEMPO: "Cuestión de buena voluntad" — "El hambre y la miseria se mantienen" — "Amnistía para los prisioneros de guerra propónese en Londres" — "Algo disminuyen las cifras" — "Cae la venda de la Justicia", clama el Cardenal Frings — "La opinión de un prelado británico" — "La Acción Católica italiana censura los ataques anticlericales" — "Españoles e Hispanoamericanos".



167

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Sub-Director:
JULIO PHILIPPI
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	85.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares	3.—
NUMERO SUELTO	\$	8.40
” ATRASADO		9.—

AÑO XV — N° 167

DICIEMBRE DE 1946

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“HACIA LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS HISPANICOS” (Editorial), pág. 3. — “TODO O NADA, ACTITUD VITAL DE ESPAÑA”, por Arturo Fontaine Aldunate, pág. 7. — “TRAS LA CORTINA DE HIERRO SOVIETICA”, por Brooks Atkinson; pág. 14. — “FRENTE A LA SOLUCION COMUNISTA”, por Raimundo Larraín Irarrázaval, pág. 30. — “AVENTURAS DE UN MONO”, por Mijail Totchenko, pág. 38. — “EL DRAMA DE LA JUVENTUD EN ITALIA”, por Alfonso Raffaeli, pág. 47. — “CRISTO ADOLESCENTE”, por Carlos Bousoño, pág. 57.

LA AGUJA DEL TIEMPO: “Cuestión de buena voluntad”, pág. 60; “El hambre y la miseria se mantienen”, pág. 61; “Amnistía para los prisioneros de guerra propónese en Londres”, pág. 63; “Algo disminuyen las cifras”, pág. 64; “Cae la venda de la Justicia”, clama el Cardenal Frings”, pág. 64; “La opinión de un prelado británico”, pág. 65; “La Acción Católica italiana censura los ataques anticlericales”, pág. 66; “Españoles e Hispanoamericanos”, pág. 66.

LOS GRANDES EXITOS DE 1946

Destacamos nuestros grandes éxitos de librería entre los libros editados en 1946.

DE AUTORES NACIONALES

- 1.—O'HIGGINS, por Jaime Eyzaguirre. Colección Biografías. Ediciones en rústica: \$ 50 y empastada: \$ 90 (agotadas). Edición reducida, empastada en cuero: \$ 300.
- 2.—ANTOLOGIA, por Gabriela Mistral. Colección Poesías. \$ 30.
- 3.—TRES MIL DELEGADOS EN SAN FRANCISCO, por Raúl Aldunate. Colección Obras de Actualidad. \$ 50. Edición de lujo: \$ 80 (agotada).
- 4.—PACHA PULAI, por Hugo Silva. Colección La Linterna. \$ 10.
- 5.—LA NOCHE EN EL CAMINO, por Luis Durand. Biblioteca de Escritores Chilenos. \$ 40.
- 6.—CARTAS DE MI ALDEA, por M. J. Ortiz. Biblioteca de Escritores Chilenos. \$ 30.
- 7.—MARTIN RIVAS, por Alberto Blest Gana. Biblioteca Americana. \$ 25.
- 8.—EL NIÑO, por los Dres. O. Schwarzenberg y H. Romero. Biblioteca del Médico. \$ 30. Empastada: \$ 60.

DE AUTORES EXTRANJEROS

- 1.—SERVIDUMBRE HUMANA, por Somerset Maugham. Biblioteca de Novelistas. \$ 45. Empastada: \$ 90.
- 2.—EL AMO Y EL FERRO, por Thomas Mann. Biblioteca Zig-Zag. \$ 10.
- 3.—EL VIENTO EN LAS RUINAS, por J. M. Souvion. Biblioteca de Novelistas. \$ 40. Edición de lujo: \$ 70 (agotada).
- 4.—DOS PRISIONEROS, por Zilahy Lajos. Biblioteca de Novelistas. \$ 50.
- 5.—LOS MUCHACHOS DE LA CALLE DE PAUL, por F. Holmar. Colección Ulises. \$ 10.
- 6.—CORAZON, por E. De Amicis. Biblioteca Infantil. \$ 20. Empastada: \$ 50.
- 7.—EL VELO DE VERONICA, por Gertrudis Von Le Fort. Biblioteca de Novelistas. \$ 30. Empastada: \$ 50.
- 8.—EL CRISTIANISMO Y LOS NUEVOS TIEMPOS, por C. Rawson. Biblioteca de Cultura. \$ 30. Empastada: \$ 60.

PRECIO: En el exterior, calcúlese US\$ 0,04 por cada peso chileno.
En todas las buenas librerías. Para Chile, remitimos contra reembolso, sin gastos de franqueo para el comprador.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D Santiago de Chile

HACIA LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS HISPANICOS

El gran trastorno de Occidente lo trajo la última guerra y puede definirse como la ausencia de un poder imperial en Europa. Con todo lo calamitoso que fué el siglo XIX, hubo, sin embargo, allí un orden, un sistema político estable, una economía capitalista con un poder industrial floreciente, una serie de usos y jerarquías sociales armónicos, etc. Es que existía, entonces, un signo cultural capaz de traspasar y penetrar la atmósfera toda de Occidente. Francia, en lo intelectual y lo político, e Inglaterra, en lo político, en lo social y en lo económico, mandaban efectivamente el mundo, y así nuestros abuelos y los abuelos de todos nuestros contemporáneos, vivieron un ambiente anglo-francés, traducido en el vestir, en el comer, en el pensar. Pero este poder dominante era muy frágil y apenas resistió, en 1914, la embestida de Alemania, que pugnaba por abrir a viva fuerza una nueva aurora imperial. La paz de 1918 fué un remiendo para el carcomido imperio anglo-francés. La paz de 1945 fué una fatal derrota para ese poder, que, sin embargo, sucumbió no sin antes haber destruído a Alemania, esto es, a las inmediatas posibilidades de su reemplazo, y de haber desencadenado el poder ruso sobre Europa.

La actual ausencia de poder ordenador, de una estabilidad siquiera frágil y engañosa, es lo que nos hace oler ya la barbarie: la brusca ruptura de todas las formas sociales y culturales, y el aparecimiento de gentes nuevas en la escena política y de pueblos nuevos en el horizonte histórico.

Seríamos los primeros en lamentarnos de la caída de este mundo anglo-francés —tejido de mentiras, sin embargo—, si viéramos a Occidente sucumbir sin remedio en manos de Rusia, si no confiáramos en el surgir de fuerzas nuevas de la vieja sustancia europea, si no

confiáramos en la entrada a la historia de los pueblos hispánicos.

Existe hoy en Europa el milagro de una España incontaminada y volviendo a su raíz esencial. Derrotada por los mismos derrotados de hoy, tuvo la generosidad de crear en pleno esplendor todo un mundo nuevo a su imagen y semejanza y tuvo la dignidad suficiente para no abdicar de sí misma en el momento de su derrota. Hoy se la ve levantarse trabajosamente y afirmar con valentía la verdad de la Fe, única fuerza capaz de ordenar desde los cimientos mismos la convivencia mundial, salvando así el mensaje esencial de Europa.

Pero España, sola y pobre, sería un testimonio heroico y no un poder político y económico.

Por una feliz coincidencia surge, entre tanto, en la Argentina un gobernante muy de esta época, un hombre sin sentido de las jerarquías establecidas y sin respeto a los regímenes o sistemas dados, un peligro en este aspecto, pero que, en lugar de caer en un marxismo fácil o en un militarismo reaccionario, moviliza a las masas en torno a la afirmación nacional. Y no se queda en una afirmación nacional vacía, sino que restablece a la vista de todos la raíz española de ésta. La importancia histórica de este momento argentino está en que no sólo representa la voluntad de emanciparse de la tutela de EE. UU., sino en que esta voluntad representa una vuelta a la tradición católica, y a la vinculación con España. Por añadidura, este regreso a la verdad histórica del pueblo argentino se hace con el aliento de las masas y como bandera de una revolución social de vasto alcance.

Perón, que ha comenzado francamente a dar auxilio económico a ese reducto de Europa, que es España—y en consecuencia su postura hispánica no es pura palabra—, tiene la ambiciosa mira de hacer de Argentina una gran potencia, y con el claro afán de disputar a los EE. UU. el predominio en Iberoamérica, inicia su política del bloque austral, aprovechando este momento de debilidad y vacilación anglosajones. El momento es único para montar un gran pueblo, a cuya formación contribuyen todas nuestras naciones; un gran pueblo no sólo por el aprovechamiento de sus materias primas, sino

también de sus reservas espirituales: su fe hoy dormida y sin traducción social, pero existente, y su índole española, sólo aparentemente desfigurada por la dominación cultural extranjera; un gran pueblo, rudo e improvisado, pero lleno de ambición histórica; un gran pueblo incapaz todavía de una cultura propiamente tal, pero decidido a arriesgarse entero por salvar en el mundo unas cuantas verdades católicas esenciales, que nos interesa, puede decirse, que racialmente. Iberoamérica unida entre sí y con España, no sólo cultural sino económicamente y con idéntica actitud internacional, con identidad de objetivos históricos, sería no sólo el medio de valorizarnos nosotros mismos y de escapar al dominio extranjero, sino de decidir en los destinos de la humanidad, sería cambiar nuestro patriotismo defensivo por un ánimo de ofensiva, por una gran ambición.

En estos momentos se ofrece al país un tratado con la Argentina, que todo el mundo reconoce como el primer paso efectivo hacia la unidad económica entre ambos pueblos y primer escalón hacia el sueño de Bolívar, hoy día aspiración de toda persona con algún sentido nacional. Se le ofrece hoy día en las condiciones mundiales que acabamos de describir y que ignoramos si volverán a repetirse.

Hoy —y tal vez no mañana— se le ofrece al país ingresar a su comunidad histórica natural. Surgen, sin embargo, las suspicacias y hasta las protestas.

Dejamos a un lado los aspectos técnicos del tratado, aquellas cláusulas que puedan perjudicar nuestra exhausta economía, y en los cuales nuestros economistas deben ser escuchados, en tanto cuanto sus consejos no impidan la unión económica con la Argentina, sino que, al contrario, la favorezcan. Rechazamos, además, por absurdas, las objeciones constitucionales, a las cuales no pueden subordinarse los grandes hechos históricos. Nos concretamos al repudio de fondo al tratado, en cuanto éste implica la formación de una sola unidad económica con la Argentina.

Se objeta, primero, la unión misma, a pretexto de salvar la personalidad de Chile. Se predica, entonces, un aislacionismo teórico, que en la práctica se traduce en la

sujeción a EE. UU. o cualquiera otra potencia extranjera. La vida internacional se constituye ahora por agrupaciones de pueblos, y entonces el dilema está en permanecer ficticiamente y por el sólo interés económico, en una órbita de poder extraño, o integrarse en nuestra comunidad histórica propia. Y, además, al integrarse en una unidad superior, no pierden personalidad los pueblos fuertes, los que merecen subsistir indiferenciados; y creemos que Chile está precisamente en tal caso. Si somos realmente nación, no nos destruiremos por cumplir, unidos a nuestros hermanos, una finalidad histórica superior.

Aceptada en principio la unión, se objeta su oportunidad, desde el punto de vista de Chile, por nuestra actual situación política, moral y económica. Si esta unidad fuera simplemente conveniente y no una necesidad vital para el propio ser histórico de Chile, cabría este argumento. Por el contrario, dada esta necesidad, no tenemos derecho a esperar que esta gran oportunidad internacional se repita.

En resumen, estamos por la unión con Argentina, pero muy lejos de una mera aceptación del tratado, para continuar nuestra dilapidación e inmoralidad actuales. Creemos, por el contrario, que hay que aceptar activamente el tratado, como la gran oportunidad de colaborar a la realización de una gran tarea histórica. Nuestra vida nacional ha de hacerse, pues, más exigente. Precisamente, de esta unidad debe brotar la conciencia de nuestro propio valer en el mundo, la certeza de que fuimos creados no para gozar de nosotros mismos, ni para recordar glorias pasadas, sino para influir en la elaboración de un destino humano, más bello y generoso que el presente.

Frente al clarín anunciador de nuestra hora, del turno de nuestros pueblos para entrar en la historia, ninguna consideración transitoria puede dejarnos inmovilizados, renunciando a asumir este nuevo momento con todo el empuje y vitalidad que requiere.

E.

TODO O NADA, ACTITUD VITAL DE ESPAÑA

El español edifica los valores terrestres, suspendiéndolos del cielo. Firme la verdad celeste, sabe la órbita precisa del oficio de rey y las normas de artesanía. Esta es la originalidad de la concepción española, distinta no sólo del espíritu burgués triunfante hasta ayer, que emancipaba la verdad terrestre del cielo, sino inversa también a aquella heroica tentativa griega y germánica, que quiere sostener el cielo sobre la tierra, que quiere subir hasta allí a viva fuerza, y que concluye haciendo depender a Dios de su Yo.

Es prácticamente imposible en España un cristianismo herético o una filosofía cartesiana o kantiana, imposible porque no se admite allí la existencia fragmentaria de principios religiosos o morales, desvinculados del orden teológico total. O existe de arriba a abajo un orden divino e inmutable o todo vuelve al polvo, al átomo, a la nada. En el resto de Europa, la destrucción de la civilización cristiana ha sido lenta y progresiva, sin que los pueblos, durante siglos, hayan advertido una alteración sensible, una ruptura de su vida normal y cotidiana. Ni Maquiavelo, ni Lutero, ni Descartes, ni Rousseau, impidieron al campesino italiano o francés continuar su vida tradicional. Las grandes líneas de la moral católica, por ejemplo, se han mantenido, aunque sólo materialmente y con un sentido alterado, en esos pueblos prácticamente divorciados de la verdad metafísica y teológica. Por eso mismo también, en el resto de Occidente, el cristianismo se ha replegado sin lucha, abdicando de toda pretensión de informar la vida social, resignándose tal vez con facilidad excesiva el carácter privado que sus adversarios quieren atribuirle.

Estas cosas no han sucedido en España. Tan sólo desde la invasión napoleónica comenzaba allí la son-

risilla escéptica de los salones y en poco más de un siglo, los militantes de la F. A. I. asesinaban a la gente, en pleno Madrid, por el delito de llevar cuello. ¿Barbarie? De ningún modo, sino lógica vital. Allí rigen los primeros principios, porque Dios existe; y no al revés. Si Dios no existe, toda evidencia cae por su base, y lo natural es la aniquilación. O todo o nada, es la postura española, y en ningún idioma estas palabras tienen un tan absoluto contenido.

La dramática suspensión de España, de la verdad del mundo terrestre español, a la existencia de la vida eterna, que San Juan Evangelista definió diciendo que consiste en que el hombre conozca al Padre y a su Hijo Jesucristo, a quien éste envió, determina la peculiaridad del genio español. Ella engendra sus grandes hazañas, su vocación teológica y su sentido misional. De ahí que toda gran sorpresa española sea de religión. De ahí la inexplicable sensibilidad española, del pueblo común español, ante la herejía. De ahí que la proyección universal del genio español en su cúspide sean el Concilio de Trento y la evangelización de América.

Aunque no lo quieran las doctas distinciones, España y la Fe se confunden en el sentido español de la vida. "Muertos por Dios y por España", rezan las lápidas de los caídos nacionales en la guerra civil, con gran escándalo del tímido católico extranjero. Si la integridad de su patria, de su derecho, de sus mismos hijos, está para el español suspensa de la verdad teológica, es natural que la herejía sea siempre la anti-España y que los enemigos de España deban necesariamente ser herejes. Y esta arraigada creencia del pueblo (no del electorado transitorio y bullanguero), este fruto de la sabiduría secular de los cristianos viejos tiene, al menos, su demostración histórica: en realidad no conocemos ningún caso de enemistad hacia España, que no brote en el fondo de un germen de herejía. Esta actitud popular española es la que salva a la nación en los grandes momentos, el oscilar entre el todo y la nada, da a esos momentos el carácter de opción entre dos absolutos, entre el ser y el no-ser, y una vez tomada la decisión por el todo, cada hombre siente condensa-

da en sí toda la historia y la vitalidad de su raza, y se ganan las batallas para sostener el trono mismo de Dios y las jerarquías de los ángeles.

Ahora, ¿de dónde emana esta peculiar actitud española ante la vida, que rápidamente acabamos de bosquejar?

Nos parece que no hay pueblo en la tierra que haya poseído más profundamente la vivencia de su humanidad, del ser hombre, que el español. Nadie ha sentido mejor la existencia de esa conjugación dramática de espíritu y materia, que es el hombre. Las dos leyes de que nos habla San Pablo, la del espíritu y la de los miembros, sostienen en el español una tremenda lucha.

De Lope es eso de: "perdido a lo español, por la belleza". El español se pierde por la belleza, por la figura de este mundo que pasa. Sabe él —por el espíritu— que la vida es sueño, pero la ley de sus miembros da a esos sueños una poderosa y seductora realidad, una realidad que los totaliza y deifica. Exige entonces en Dios a su capricho y a su pasión, y su yo absorbente y sin freno se sume en el aniquilamiento. ¿Acaso no vemos en esos graves caballeros que pintó El Greco el reflejo doble de sus ojos: una transparente y serena mirada a la eternidad y, entremezclada, otra, nostálgica, casi una lágrima —y a veces, de veras una lágrima —en homenaje a este mundo, a las cosas amadas y a su irresistible y breve encanto?

Por la caridad de sus primeros mártires y confesores, el pueblo sepañol recibió la fe. Y la recibió a raudales, con ánimo abierto. La fe en la vida eterna le permitió vencer su personal conflicto entre espíritu y vida, al darle la espontánea confianza en el orden salido de las manos paternas de Dios. La sujetaba a normas y medidas la realidad toda y detenía el avasallador impulso de su yo por deificarse, por erigir en realidades absolutas sus caprichos y sus sueños. Pero en todo caso, el alma adolescente de España medieval, por su misma juventud, no debió sentir palpitar este conflicto con la trágica violencia que en los siglos del Imperio.

En el XVI y en el XVII, el mundo de las cosas, la realidad tangible se hizo presente al hombre con sin igual empuje: resurrección del mundo antiguo, con su maravillosa ordenación y comprensión de esta realidad tangible; descubrimiento del Nuevo Mundo con sus dilatadas tierras, invenciblemente paganas; conciencia jubilosa del poder creador del hombre, etc. ¡Drama para el español, agudización de su conflicto interior! La España de esos siglos no era ya medieval, en sentido estricto: las esculturas de Mena o de Berruete tienen otra expresión que los santos del Pórtico de la Gloria. Sólo que el buen español, el que amaba a los hijos de su carne y que se confortaba con la bendición maternal, sabía que su entrega ilimitada al mundo, lo llevaba a aniquilarse, sabía que la razón de su carne iba a dar cuerpo y peso absolutos a sus sueños y se quedaba diciendo, no sin irreprimible nostalgia, que "los sueños, sueños son". Luchaba entonces por su fe angustiosamente, sabiendo que ésta era lo único que podía apagar su inquietud de que los sueños no fueran tales, sino engeguedora realidad.

La declinación de España comienza, al parecer, cuando este conflicto se hace irreductible y se convierte en tragedia, cuando nace el sentimiento trágico de la vida, de que nos habla Unamuno. España fué derrotada no tanto militarmente, como vitalmente: el mundo moderno encarnó los sueños en realidad victoriosa. El español se siente atacado entonces en el cogollo de su fe y aun cuando arremete arma al brazo, todos sus enemigos son molinos de viento, o botas de vino, o rebaños de ovejas. El mundo moderno convierte en paradójal y ridícula su existencia, al probarle la contradictoria de su afirmación, esto es, que el sueño es vida. Nace entonces, en cualquier lugar de la Mancha, don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, esto es, la filosofía de la oposición entre ideal y realidad, entre fe y razón, entre espíritu y vida. La realidad española se desdobra: se acentúa en los nobles hidalgos su angustioso anhelo de eternidad y, a la vez, su nostalgia por este mundo; pululan los pícaros, mientras Calderón pinta la verdad del cielo en sus autos sacramentales; los ademanes y los trajes se hinchan y negrean hasta

enlutarse del todo, mientras la sensualidad arrebate la carne.

Pero no creemos que la filosofía española sea la de don Quijote, la de Unamuno, con su sentimiento trágico de la vida. Esta filosofía es la justificación del desdoblamiento español del barroco, es el ideario de la pasión y muerte de España, aun cuando ella viva eternamente en la inmortalidad (¡ideal, no en carne y hueso! de don Quijote. El pensamiento quijotesco emana de españoles ya desdoblados, taladrados por la duda, estremecidos por la al parecer irredargüible demostración moderna de que el sueño es vida, de que la razón de la carne es autónoma y que triunfa sobre el anhelo español de la vida eterna. Pero la prueba del mundo moderna contra España duró relativamente poco: eran los tiempos en que Dios parecía ayudar a los pérfidos piratas ingleses que, saqueando a los galones españoles, montaban un poderoso imperio comercial; era la época en que el Cardenal Richelieu pactaba con los luteranos en Alemania a honra y provecho del rey francés, y en que los salones dieciochescos engendraban una innoble filosofía política y social, que parecía asegurar a Francia un predominio cultural perdurable; era el momento en que el racionalismo alemán ensoberbecía a Europa, llegando hasta hacer científicamente imposible la divinidad de Jesucristo. Al español no le quedaba entonces sino el sentimiento trágico de la vida, el insoluble conflicto entre dos anhelos contradictorios. Y éste es el significado genial de la filosofía unamunesca: la traslación a conceptos y a metáforas de la agonía española moderna.

Hay, no obstante, una filosofía española, más universal, menos transitoria que la quijotesca, y que hace de la existencia un drama, un dolorosísimo drama, pero no una tragedia, es decir, encuentra desenlace al conflicto español, aun cuando este desenlace requiera un sufrimiento más crudo que la tragedia de don Quijote.

En efecto, mientras el genio español estaba en el esplendor de su fuerza y delineaba con mano infalible los ámbitos de su imperio y de su gloria, en las alegres ciudades castellanas de Avila y Segovia, un hecho extraordinario sucedía. Un fraile y una monja, fuerte

y dulce él, alegre y vigorosa ella, muy españoles ambos, llegaban a la cumbre de la experiencia mística, y Dios les obligaba a contar y poetizar, para enseñanza de otros, la asombrosa aventura de su ascensión espiritual. En el silencio de sus celdas, Santa Teresa y sobre todo San Juan de la Cruz, llegaban al pináculo de la intuición española, y expresaban, sin quererlo, la auténtica, ágil y triunfante concepción de la vida que su pueblo pugnaba por realizar.

Muy españolamente, lo suspendían todo de la verdad del cielo. Pero esta verdad, experimentada como amor, como llamado celoso de amor, exigía un renunciamiento total. No era un simple agarrarse ardoroso a la verdad del cielo, para desde allí dar orden y medida al mundo terrestre. Era, por el contrario, un morir al mundo y a su verdad. Primero, la noche del sentido, de la carne; luego, la noche del espíritu, de la razón, la desnudez y vaciedad absolutas, y finalmente, el encuentro amoroso con Dios vivo. Desde el Amado, muerta el alma a la ley de los miembros, las cosas de la tierra aparecen como resucitadas y apaciblemente se ordenan. Lejos de ser ellas, una atracción poderosa, un vértigo irresistible, hacia la nada, desengañan y lastiman por no darnos la presencia y la figura del Amado, que todas, sí, van balbuciendo, que lo recuerdan todas y en El se sostienen, pero la dolencia de amor del alma no se cura sino con la presencia y la figura, con la vida eterna, que es precisamente el conocimiento del Padre y de su Hijo Jesucristo, en presencia y figura.

Esta filosofía de lo eterno español es la que resuelve el conflicto. Los poderosos de la España de Oro no encontraron la salida, murieron con el sabor de la nostalgia, porque querían entrar a la vida eterna, como Unamuno, sin renunciar a nada, ni siquiera a su razón enferma, y con su fe hecha pura angustia. El desenlace del conflicto era tan universal como el propio conflicto, era el saber leer aquella frase del Evangelio: "el que pierde su alma, la ganará".

Para no ser contradicción y locura, para tener claridad en los ojos y armonía en los gestos, hay que saber morir del todo, por amor a Dios. Esta es la concepción española de la vida.

Ahora que la demostración moderna contra España toca a su fin y que, sin embargo, el inmortal don Quijote lleva aún su tragedia de contradicción en el alma, ciego a las voces de fuera, es de esperar que aprenda a sanar su locura en la verdad de los místicos, y España se dirija a salvar al mundo de la otra locura, de la irremediable: la desesperación por el fracaso de esa misma demostración moderna, por el fracaso de la libertad creadora.

TRAS LA CORTINA DE HIERRO SOVIETICA

Hasta hace cuatro años Brooks Atkinson era más conocido como crítico teatral del "New York Times". En 1942 abandonó los teatros por Chungking donde sirvió dos años como corresponsal del "Times" en China. En julio de 1945 fué a Moscú por diez meses. Al volver a los EE. UU. hace pocos meses Brooks escribió tres artículos cuyo resumen fué publicado ya en un número anterior de esta revista. Pero como estos artículos constituyen tal vez el informe más ilustrativo sobre la Unión Soviética que haya aparecido en la prensa de los EE. UU., damos ahora íntegro su texto a los lectores.

Tres días después de la publicación de la serie, "Pravda", órgano oficial del partido comunista de la U.R.S.S. publicó un violento ataque contra Atkinson, con el lenguaje más rudo que se haya empleado con un corresponsal de los EE. UU. en la prensa soviética. El calor, el veneno y la incoherencia del ataque del "Pravda" claramente demostraban que la veracidad del artículo de Atkinson había herido al Kremlin.

Especialmente lastimado por sus observaciones sobre el estancamiento de las letras y las artes rusas, "Pravda" declaró sardónicamente que Mr. Atkinson "entiende tanto de ideas y de arte como el "corresponsal especial" de una abastecedora de carnes de Chicago entiende sobre naranjas".

I

En la tentativa para establecer relaciones capaces de operar con el Gobierno de la Unión Soviética, tenemos que abandonar los conceptos familiares de amistad. La amistad, en el sentido de asociación íntima y transacción política, no es querida, no es posible y no está involucrada. Pues el "aparato" del Gobierno soviético, como dicen los rusos, es una máquina política; y las virtudes humanas tales como "la amistad" están fuera de su órbita.

En conjunto los rusos son un pueblo admirable —genuino, trabajador sufrido y práctico. Se puede confiar en su fuerza, inteligencia nativa y valor. Pero entre nosotros y el pueblo ruso se levanta el Gobierno Soviético. A pesar de su hipócrita uso de la palabra "democracia", es un gobierno totalitario. La familiar dictadura del proletariado es en reali-

dad la dictadura de los 13 miembros del Politburó del Partido Comunista.

No hay libertades dentro de la Unión Soviética. Hasta donde yo sepa el Gobierno no es impuesto al pueblo contra su voluntad, ni es un gobierno corrompido que ponga los intereses personales de un grupo por encima de los que son considerados como los verdaderos intereses del Estado. A pesar de muchos desórdenes y deslealtades internas, como los fraudes recientes en las fábricas, recientemente castigados, y la traición de grandes grupos en las Repúblicas de Crimea y de Chechen-Ingush, el pueblo de la Unión Soviética generalmente respeta y confía en la prudencia e integridad de sus líderes. Como los pueblos de todas partes, inclusive los EE. UU., los rusos tienen el gobierno que se merecen.

Pero por naturaleza el Gobierno es una máquina para generar fuerza dentro de la Unión Soviética y para extenderla lo más posible al exterior; y todas las tentativas para tratar con él en términos de amistad están condenados a fallar. Aun cuando no somos enemigos, tampoco somos amigos y lo más que podemos esperar es una paz armada para unos pocos años.

Donde radican nuestros intereses tenemos que aplicar una fuerza igual en dirección opuesta. Este es el método más reaccionario de arreglar los asuntos mundiales. Pero el espíritu del Gobierno Soviético es fundamentalmente reaccionario, como se infiere de su actitud hacia las naciones vencidas y de la conducta de su Ejército Rojo en Manchuria. Acostumbrado al empleo de la fuerza en el interior de la U.R.S.S., el Gobierno Soviético instintivamente piensa en términos de fuerza en asuntos internacionales.

Los occidentales que han visto esa fuerza en acción, se escandalizan con la fuerza mecánica con que el Gobierno Soviético aplasta a la oposición. El mismo no reconoce ningún margen de tolerancia entre los que se le han sometido y los que no. Sin tolerancia no puede haber amistad en el sentido democrático occidental de la palabra.

¿Por qué son los rusos tan difíciles? Hay muchas razones. Una razón es que sus jefes han llegado al poder por el camino difícil, como revolucionarios profesionales, y todavía creen en los métodos que tuvieron éxito en 1917. En el estado zarista, que también era un estado tiránico de policía, los revolucionarios profesionales mantuvieron su organización so-

metiéndola a una severa disciplina; y desarrollaron en un alto grado la técnica de la actividad en secreto. La vigilancia y la disciplina los llevó al poder y creen que ambas son necesarias para conservar hoy el poder.

Entre otras cosas, los revolucionarios soviéticos estuvieron de acuerdo con la viciosa doctrina de que el fin justifica los medios — que incidentalmente puede ser la razón por la que el primer estado socialista del mundo no ha libertado a los trabajadores de la esclavitud sino que los ha reducido a la esclavitud totalitaria que incluye tanto la del espíritu como la del cuerpo.

La revolución fué creada en un mundo subterráneo de planes, engaños, secretos y violencia. Como debido a la fuerza de las circunstancias, los revolucionarios no son ahora los violadores de la ley sino los legisladores, pueden darse el lujo de descansar y lo hacen. Pero mucha de la vieja tradición subsiste. Todavía conducen los asuntos del estado en secreto. Los ciudadanos soviéticos no tienen mayor información sobre los asuntos actuales del Gobierno Soviético que los extranjeros.

En algunos casos tienen menos, porque información que no es comúnmente conocida en el interior de la Unión Soviética, se cuela por los conductos extranjeros. Aun cuando probablemente ha pasado el período más violento de la revolución soviética, todavía existe una veta de violencia. Nadie sabe cuántos millones de prisioneros políticos viven ahora en la cárcel o en el exilio. Los cálculos van de 10 a 15 millones. Ningún gobierno del mundo tiene que enfrentarse a tantas crisis y problemas internos como el Gobierno Soviético, que debe llevar a cabo una revolución industrial, simultáneamente con su revolución política, y educar a su pueblo rápida y eficazmente.

Para sobrevivir, el Gobierno Soviético cree que debe ser libre para conducir sus asuntos en secreto y obrar rápidamente, por la fuerza si es necesario. Naturalmente lleva la misma psicología a sus estados satélites donde el pueblo está menos acostumbrado a esa clase de tratamiento de una fuente extranjera. En nuestras relaciones con la Unión Soviética estamos tratando con los hombres que han sido educados en este ambiente revolucionario — algunos de ellos como participantes activos, todos ellos como adherentes.

En vista de los éxitos del Gobierno Soviético, dentro de la enorme superficie de la Unión Soviética, es un poco difícil para los extranjeros entender el sentido de inseguridad que tienen los líderes soviéticos. El Premier Stalin es probablemente la persona cuyas espaldas son mejor guardadas. Todo ciudadano soviético, así como todo extranjero, tiene que llevar consigo a toda hora su pasaporte y sus papeles de identificación personal, y tiene que hacer uso frecuente de ellos. Lo que nosotros consideramos como métodos de seguridad de tiempos de guerra, son métodos de seguridad de todos los días en la Unión Soviética. Para llegar a la Plaza Roja para una celebración, se tiene que mostrar un pase especial y el pasaporte ordinario a ocho guardaespaldas, todos los cuales los leen cuidadosamente y comparan la fotografía con el portador.

Ningún extranjero sabe mucho acerca de lo que ocurre en todo el ámbito de la Unión Soviética. Como lo expresó Paul Winterton, solamente hay diversos grados de ignorancia en la Unión Soviética. Pero yo no conozco ninguna oposición organizada al Gobierno, aun cuando se rumorea que "ciertos círculos" (una frase común de los periódicos soviéticos) en Ucrania están inquietos y necesitan vigilancia.

"Ciertos círculos" se dice que piensan que han pagado un precio demasiado elevado por la guerra y, sin duda irracionalmente, tienen al presente gobierno como responsable de sus desastres. Las imponentes oficinas del Partido Comunista en Odesa fueron incendiadas en diciembre último y se cree que fué sabotaje. Hay un anti-semitismo activo en Ucrania. En otras partes de Rusia los musulmanes no están satisfechos con el Gobierno Central. Pero el Gobierno Central puede meter en cintura a los grupos disidentes. Hasta donde un extranjero puede decir, los líderes soviéticos están en una posición fuerte. Han conducido a su pueblo a una victoria notable sobre un enemigo moderno y eficiente; y el Partido Comunista naturalmente se apropia el crédito entero de haber ganado la guerra —ocultando en diversos grados, las contribuciones de los otros aliados hechas para la derrota de Alemania y apropiándose el golpe que puso fuera de combate al Japón.

Aparte del normal descontento contra la dureza de la vida, el pueblo parece creer en su gobierno. Pero no está en la naturaleza de hombres, como los miembros del Polit-

buró, el sentirse seguros. Como líderes de un país atrasado, mal alimentado y mal organizado, que trata de levantarse tirándose de las botas apresuradamente, tienen muchos deberes ingratos que ejecutar y muchas tareas que descargar en los lomos de su pueblo. Sin duda, sienten que las circunstancias requieren que tengan libertad de actuar en los puestos más elevados sin estar sujetos a críticas, oposición o vigilancia. Aun cuando sus motivos pueden estar por encima de toda sospecha, se portan instintivamente como conspiradores. Su conducta en el extranjero es la misma que en casa, salvo que en el extranjero no tienen la protección de una prensa controlada y los medios para silenciar a la oposición.

Parte de nuestras dificultades con la Unión Soviética se debe a la ignorancia de los líderes soviéticos. Muy pocos de ellos han estado fuera de la U.R.S.S. Después de muchos años de aislamiento y también de algunas experiencias amargas con países extranjeros, han desarrollado una fobia contra el resto del mundo. El espíritu del Gobierno es anti-extranjero. Siempre, desde las sangrientas purgas de 1936, ha habido un terror sin nombre a los extranjeros, que son mirados como espías y enemigos de la Unión Soviética.

La asociación con extranjeros y el interés activo en los países extranjeros han llegado a ser considerados de alguna manera oscura como una traición a la U.R.S.S. Ni los líderes están inmunes. Son víctimas del aislamentismo. Aun cuando han tenido acceso a una enorme cantidad de información procedente del extranjero carecen de la experiencia para analizarla.

Los líderes que se llevan demasiado bien con los extranjeros o que defienden puntos de vista extranjeros, caminan sobre terreno peligroso y pueden encontrarse en la desgracia antes de saberlo.

Ni siquiera el mismo Stalin, que es considerado como dotado de mayor sentido común y equilibrio que la mayoría de los líderes soviéticos, entiende la libertad ni la democracia. Además de su educación en las doctrinas del marxismo, probablemente deriva sus ideas sobre los países extranjeros de los informes incompletos y con prejuicios suministrados por los diplomáticos y periodistas soviéticos.

Los gobernantes soviéticos son víctimas de su aislamentismo. Aun cuando tienen acceso a una enorme cantidad de información procedente del extranjero, carecen de expe-

riencia para analizarla. Habiendo vivido toda su vida tras la "cortina de hierro" (una frase maravillosamente adecuada), no pueden enfrentarse a los problemas extranjeros ni a los extranjeros, en términos que nosotros consideramos como normales. El contacto con los extranjeros en muchas maneras ambiguas, ha adquirido la ilusión de culpabilidad. Como está en juego la paz del mundo, lo lastimoso es que tantísimas de nuestras fricciones diarias sean innecesarias.

Después de la Conferencia de Moscú en diciembre pasado, muchos extranjeros creen que el Politburó tomó la deliberada decisión de retornar al *status quo ante bellum* y considerar a las naciones extranjeras con economía capitalista, como enemigos inevitables de la Unión Soviética. Sea cual fuere la sinceridad de tal punto de vista, evidentemente crea dentro de la Unión Soviética una atmósfera que es más fácil de dominar para una dictadura. Es más fácil gobernar a un pueblo que cree que un mundo hostil se está organizando para exterminarlo. Como lo hemos aprendido por nuestra propia experiencia durante la guerra, el pueblo trabaja mejor cuando cree que está trabajando para salvar su vida nacional.

II

La atmósfera de Moscú es anormal. Con toda comunicación normal con el mundo exterior cortada, el clima intelectual está estancado. Tras de la cortina de hierro de la censura, las reacciones emotivas a los rumores y también a los hechos son neuróticas. Cuando las noticias son arrancadas de su ambiente normal en los acontecimientos del día y manipuladas con el fin de condicionar la opinión, los sucesos ordinarios llegan a veces a escandalizar.

El informe sobre el discurso del señor Churchill en Fulton, Missouri, no fué publicado en la Unión Soviética durante algunos días, es de presumirse que mientras los líderes soviéticos decidían cómo manejarlo. Cuando por fin lo publicaron, con comentarios políticos simultáneos, Moscú lo recibió con una historia como si las bombas atómicas fuesen a empezar a llover antes de la media noche. Donde no hay válvulas de seguridad para dar escape a la presión de todos los días, las explosiones emotivas son repentinas, rápidas y perturbadoras.

Después de la destructora experiencia de dos guerras, nos hemos familiarizado con los argumentos en pro del internacionalismo comercial y político como único medio de evitar las catástrofes militares. Pero Moscú también es un ejemplo de la necesidad de una asociación cultural e intelectual en escala mundial. No hay ideas nuevas en Moscú. Todas las ideas viejas son reiteradas con regularidad estupefaciente. Todos los periódicos dicen la misma cosa casi de la misma manera, generalmente el mismo día; salvo algunas excepciones refrescantes, todos los redactores escriben igual a los demás.

Durante los largos y enervantes períodos entre los cambios microscópicos en la política del partido oficial (el PRI soviético), hasta un extranjero puede escribir un artículo político soviético que difícilmente puede ser distinguido de las polémicas genuinas que aparecen en *Pravda*, *Izvestia* y *Tiempo Nuevo*. La prolongada política de impedir la entrada de extranjeros en Rusia, de aislar a los pocos que penetran, de restringir sus movimientos en el país y de censurar y suprimir las noticias, ha creado una cultura anémica, pasada de moda, "petit-bourgeois" que es incolora y convencional.

Como no sé nada de ciencia, no tengo desgraciadamente manera de juzgar los resultados de una de las más industriosas actividades de la Unión Soviética, aun cuando sí sé que el nivel general de la práctica médica es bajo. Pero por mis observaciones personales, me siento capacitado para informar que el nivel general del teatro, arte y música es bajo —y sospecho que muchos escritores, actores y músicos se dan cuenta de ello. En conjunto, no hay vitalidad en las artes; son reaccionarias y están moribundas. Bajo el peso muerto del control político, hay poca oportunidad para la empresa y el experimento individuales.

Sería lógico esperar que una nueva sociedad como la que los rusos están tratando de crear, fuese atrevida y audaz en las artes. Pero me parece que el arte soviético contiene tanto fraude y vulgaridad como el nuestro, sin producir en ocasiones obras de originalidad que compense por los fracasos. La combinación de aislamiento y totalitarismo ha resultado en la muerte de las ideas nuevas.

En un clima anormal de esta naturaleza, florecen las aberraciones de grupo. Y me parece que la anormalidad más

notable y también más irritante de los líderes soviéticos es una paranoia de grupo. Los líderes se imaginan que todos los hombres están contra ellos; se imaginan que están rodeados. Y, por supuesto, no hay manera más certera de provocar primero la extrañeza y luego el desprecio de las demás naciones. En vista del tamaño, poderío, valor y recursos inagotables de la Unión Soviética, esta fobia de estar atrapados y apretados sería risible, si no fuese tan majadera para los extranjeros que quieren encontrar alguna manera de sobrellevar a la Unión Soviética.

Por lo que al peligro procedente del exterior concierne, los Estados Unidos con su economía altamente integrada, son más vulnerables, aun con la bomba atómica en la bodega. Pero las diferencias de opinión y las diferencias de intereses en los asuntos internacionales son interpretados por los líderes soviéticos como una hostilidad agresiva hacia la Unión Soviética, pues así es como interpretan las diferencias de opinión e intereses en el interior de Rusia. Un ciudadano soviético que se opusiera a Stalin sería expulsado de la sociedad como un enemigo del estado. La zona de tolerancia es invisiblemente estrecha.

En los Estados Unidos, hay cierto cuento de comadres de que los líderes soviéticos son hombres, astutos, zorros y realistas que siempre saben de un momento a otro lo que van a hacer. Pero yo sospecho que más bien son hombres vulgares que no tienen experiencias de democracia en su país y se confunden con las manifestaciones de la democracia en el extranjero. Después de destruir con éxito las diferencias de opinión en su país en nombre de las más sagradas razones del Marxismo, instintivamente consideran las diferencias de opinión en el extranjero como una traición a la espléndida ciencia que se ha purgado a sí misma de la anti-científica espontaneidad de la naturaleza humana.

El impedimento más formidable para las relaciones internacionales amigables es el hecho básico de que la Unión Soviética es un estado socialista que se desarrolla y amplía en un mundo capitalista. Según la propaganda política del Partido Comunista, el Soviet no estará a salvo de una agresión mientras países capitalistas como los Estados Unidos y la Gran Bretaña conserven posiciones dominantes en el mundo.

Rusia ha mantenido en el pasado relaciones operantes con los países capitalistas, inclusive la Alemania nazi, cuando Hitler combatía contra Occidente. Pero la propaganda del partido ha retornado ahora a la teoría de que "el capital monopolio", como los escritorios soviéticos invariablemente lo describen, es Fascista, está conservando los centros de fascismo y está dedicado a la destrucción del socialismo. Como, según Marx, el "capital monopolio" también se está destruyendo a sí mismo, parece que se está efectuando una cantidad enorme de destrucción, y evidentemente la bomba atómica es superflua.

Entretanto, los Estados Unidos son descritos en la prensa soviética como una nación imperialista y violenta, que está extendiendo su poder por todo el mundo y pisoteando los derechos de las naciones pequeñas, y los "capitalistas de monopolio" en los Estados Unidos son acusados de frustrar a las "grandes masas de los pueblos del mundo amantes de la paz", que es otro de los estribillos diarios de la prensa soviética.

Durante mis diez meses en Moscú, jamás descubrí en ningún periódico o revista ninguna referencia a los Estados Unidos insinuando que, como los rusos, también tenemos algunas características dignas de encomio. La Gran Bretaña es retratada bajo una luz perniciosa, a pesar de que el socialismo ha llegado al poder en una u otra ocasión en Inglaterra, Nueva Zelanda y Australia. Este último hecho tal vez arroje alguna duda sobre la teoría de que la dificultad estriba entre el socialismo y el capitalismo. Tal vez estriba en alguna otra parte.

Después de mi viaje obligatorio a Moscú, prefiero el tipo occidental de capitalismo, porque está más interesado en los individuos, hombres y mujeres y atribuye un elevado valor a la libertad humana. La conservación de la libertad del hombre fué la causa de la guerra y sigue siendo el problema cumbre en la sociedad mundial. El socialismo es una solución racional a algunos problemas del mundo. Y, como es probable que se demuestre en Inglaterra, el socialismo no necesariamente implica la destrucción de las libertades humanas.

En el caso de un país tan grande y variado como Rusia, que agrupa a muchas nacionalidades, el socialismo es probablemente el único sistema que puede abrir el camino para

un progreso material. Si hubiera alguna forma de distinguir entre el socialismo y el totalitarismo soviético, todo hombre observaría con interés y esperanza el desarrollo del socialismo dentro de Rusia por la luz que podría arrojar sobre los problemas del resto del mundo.

En realidad, todo hombre que piensa lo vigilará con interés porque, cualquiera que sea la verdad sobre Rusia en otros aspectos, lo logrado por el socialismo en ella ha tenido hasta ahora el más profundo efecto en el resto del mundo. La gente en todas partes quiere profundamente creer que algún sistema económico es ideal, y no sabiendo nada acerca de la miseria de la vida en Rusia, quiere creer que la Rusia Soviética ha encontrado la solución ideal. Según nuestras normas y niveles, la Unión Soviética no ha resuelto hasta ahora los problemas de la libertad —inclusive la libertad frente a la miseria y la libertad frente al temor.

Para cualquiera que simpatice con la teoría del socialismo, la regimentación policiaca del pueblo soviético es no solamente desilusionadora, sino aterradora. Pero nuevamente, en mi opinión, el socialismo en sí mismo no es la fuente de las dificultades entre la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Siendo iguales otros factores, las dos democracias occidentales podrían soportar a la Unión Soviética con más provecho que el obtenido por la Alemania Nazi durante el período de su fraudulento pacto de amistad. Ciertamente espero que lo obtengan.

Pero ése no es el punto de vista de los líderes soviéticos. Ellos se consideran los custodios del futuro del mundo. En su opinión todo va hacia su camino; como líderes de un estado socialista con una meta comunista, se consideran como los agentes avanzados de un destino manifiesto. En Polonia y los Balcanes, creen que están ayudando al destino manifiesto, aun cuando la resistencia de los "oscurantistas", que son la gran mayoría, es terrible.

En sus relaciones actuales con los Gobiernos de los Estados Unidos y Gran Bretaña, los líderes soviéticos no están ciertos de que están tratando con los verdaderos representantes de las "grandes masas de los pueblos amantes de la paz". En su opinión tal vez, estos Gobiernos son, en un grado o en otro, impuestos a su pueblo mediante la bribonada política, la ignorancia, la inercia y las triquiñuelas del "capital monopolista".

Tal vez el Gobierno Soviético, que se dice campeón del pueblo, al mismo tiempo que lo oprime, será capaz de llegar más allá de la fachada de los Gobiernos americanos y británico hacia un contacto más directo con el pueblo por conducto de los sindicatos obreros y las organizaciones de presión política. Y para continuar viendo las cosas desde el punto de vista del Politburó, tal vez los actuales representantes de los Estados Unidos y Gran Bretaña son solamente la vieja guardia condenada a la repudiación por su pueblo cuando el "capital monopolista" logre cortarse el cuello.

Si el Gobierno Soviético y el Partido Comunista, que son virtualmente idénticos, están fomentando cambios revolucionarios en los Estados Unidos y la Gran Bretaña no es sabido circunstancialmente, aun cuando hay razón para creer que se están inmiscuyendo en la política de Francia mediante subsidios y consejos al Partido Comunista francés. Pero una de las causas de la tenacidad rusa en los asuntos internacionales es que considera el socialismo como el factor más estabilizador en la paz internacional. Cualquiera desviación de la política soviética lógicamente se convierte en una amenaza para la paz mundial por los reaccionarios que están defendiendo una organización económica moribunda.

Ya que el comunismo es no solamente una ciencia política, sino también una religión, y su conducta está gobernada por el dogma tanto como por la razón, los creyentes tienen que aceptarlo sin reservas. Este fervor religioso se esconde tras la actitud soviética hacia los países extranjeros, y es asiduamente cultivado en Rusia. Los íconos modernos son las estatuas heroicas y los retratos de Lenin y Stalin en todos los sitios públicos y los enormes retratos de los profetas menores llevados por las multitudes en los días de fiesta. En las grandes ocasiones las estatuas e imágenes son adornadas con flores y festones como las representaciones de los santos en las iglesias.

El estilo literario de la propaganda soviética está inundada de expresiones religiosas de amor, gratitud, buenas resoluciones y sacrificio para una vida futura. Moscú es no solamente la capital de la Rusia Soviética sino la ciudad sagrada de la fe comunista y Lenin es el padre y Stalin el hijo. Como el Gobierno Soviético ha hecho tan poco para resolver cualquiera de los problemas humanos de la vida, la

actitud sagrada que asume hacia su misión en el mundo puede parecer ridícula o fatua.

Pero las cartas parroquiales a los fieles, que son las declaraciones de los líderes en las primeras planas de los periódicos, solemnemente declaran que la Unión Soviética es la nación más sagrada de la tierra, porque ha abrazado la única y verdadera fe, y que el futuro abundará en amor, alegría y cánticos.

Cuando los representantes soviéticos se reúnen con los nuestros en la mesa de la Conferencia, están en realidad reuniéndose con los tambaleantes príncipes del pecado original; y no pueden darnos paso sin renunciar a principios divinos. Esta es una razón por la que es tan difícil entenderse con los rusos en las asambleas paganas con los que no adoran a Marx, Lenin y Stalin.

III

En un aspecto estamos de acuerdo cordialmente con los líderes de la Unión Soviética: en que la conservación de la paz depende de las relaciones pacíficas entre ellos y nosotros. En vista de sus muchos problemas, su cansancio de la guerra y de que sus heridas de la contienda no han sanado todavía, ellos están ansiosos de paz. Saben más que nosotros de los horrores de la guerra. Aun cuando no nos conceden mucho crédito por nuestra aportación a la victoria, ésa no es razón por la que nosotros les retiráramos crédito y admiración por su magnífica historia militar. Tampoco debiéramos olvidar por un momento que su pueblo sufrió dolorosamente y sufre todavía.

Pero, para eliminar en lo posible los factores emotivos extraños, debemos seguir a los líderes soviéticos despojados de la idea de que las relaciones pacíficas son idénticas a la amistad. Los norteamericanos probablemente se imaginen que el resto del mundo nos tiene confianza, nos quiere, nos envidia y probablemente quiere que le prestemos dinero.

Solamente esta última cosa es cierta de los líderes soviéticos. Si quieren que les prestemos dinero para acelerar el ritmo del actual Plan Quinquenal. Los americanos probablemente verían un empréstito a Rusia como un gesto de amistad. Los líderes soviéticos no tendrían tal sentimiento romántico.

La negativa de un empréstito a ellos después de hacer préstamos a Gran Bretaña, China, Francia, Polonia y otros países probablemente sería interpretado como un acto hostil de parte de un país caótico, irresponsable y dilapidador gobernado por reaccionarios. Los envíos de asistencia a un país que tiene un gobierno anti-extranjero no reflejarían nada más tortuoso que los impulsos humanitarios del pueblo americano. El pueblo ruso que vive en las zonas devastadas necesita ayuda desesperadamente, recibe lo que se les envía y está agradecido por la ayuda.

Pero no debe esperarse que los envíos de auxilios habrán de alterar la actitud rígida e indiferente del Gobierno Soviético, que, en realidad quisiera estar en posición de alimentar a su pueblo sin ayuda extranjera. Ya que cualquiera con dignidad en cualquiera parte del mundo resiente si no le disgusta, a Madre Abundancia, que a decir verdad tiene un aire de satisfacción de sí misma.

Madre Abundancia no puede comprar amistad con las sobras de sus alimentos y sus trajes de segunda mano; tampoco puede Madre Abundancia derribar el muro de la censura o establecer un libre intercambio de hombres de ciencia, profesores, artistas y estudiantes o fomentar los viajes gratis a través de la Unión Soviética de americanos andaleguas.

Aun cuando la Unión Soviética está retando al resto del mundo no puede permitirse el lujo de competir con el resto del mundo o permitir a su pueblo conocer que en las Democracias occidentales el pueblo no solamente tiene libertades civiles, sino niveles de vida mucho más elevados. El mito de la persecución del trabajador por el "capital monopolista" desaparecería si fuese permitida la libre asociación con la gente común de Occidente.

A pesar de todos estos impedimentos para unas relaciones agradables y fáciles —a pesar de la truculencia, la tenacidad y los gritos de persecución o de los silencios de injuriados, a pesar de las especulaciones retiradas de las sesiones desfavorables de las Naciones Unidas—, los rusos, en realidad, no quieren perder amigos en el mundo o provocar resistencia. No quieren desafiar la opinión mundial. A veces se sorprenden de la vehemencia de las críticas extranjeras.

Acostumbrados al control tiránico de la policía en su patria, se sorprenden cuando las versiones más benignas de

su tiranía totalitaria producen gritos de protesta en Polonia y los Balcanes y alaridos de indignación justa en ciudadelas del "capital monopolista" tales como Inglaterra y los Estados Unidos. La opinión pública extranjera obligó a Rusia a retirarse de Irán aun cuando no había nada concreto entonces, y no hay nada concreto ahora, para evitar a la Unión Soviética que agregase Irán a sus naciones satélites. Rusia tiene las tropas y las técnicas para apoderarse de Irán a la hora que quiera alinear al resto del mundo sólidamente contra ella.

Con la fiebre de la victoria el otoño pasado los rusos desataron una guerra de nervios contra Turquía. Rusia tenía una enorme fuerza militar en la vecindad, y todavía la tiene, y pudo haber "liberado" a Turquía de la soberanía turca, aunque no sin combatir. Pero los nervios de Turquía fueron fuertes, la opinión extranjera empezó a inquietarse, y los Estados Unidos, tomando una parte apacible en la guerra de nervios, enviaron un poderoso acorazado a Turquía, llevando las cenizas de un antiguo Embajador turco, así como unas cuantas implicaciones no habladas.

Sería tonto presumir que los soviéticos han borrado a Irán y Turquía de su agenda. Algún día, el Gobierno soviético tal vez esté dispuesto a pagar el precio en prestigio mundial, o a considerar que el precio ha bajado, ya que todo el Cercano Oriente está tambaleante. Por ahora, los rusos no quieren desafiar al resto del mundo.

De cuando en cuando durante mi estancia en Moscú, acostumbraba a poner a prueba la viveza del censor, deslizando la siguiente nota sarcástica en mis despachos: "La política soviética internacional es muy humana. Los soviéticos quieren seguir en buenos términos con el mundo entero y no encontrar resistencia en ninguna parte". El censor fué siempre lo suficientemente agudo para suprimir las frases alevosas. Era un juego que jugábamos y él ganaba siempre.

A pesar de la redacción irónica, hay trazas de verdad en esa afirmación. Los asuntos de justicia e injusticia no importan mucho en ninguna parte, en ninguna época, en la política de la fuerza. Pero actualmente los rusos no quieren desatar el huracán que puede desatar otra guerra.

En estos artículos yo he insinuado algunas razones por las que es tan difícil sobrellevar a los rusos en los asuntos

internacionales. Si no somos amigos, tampoco somos enemigos. Pero queramos o no, somos rivales en la lucha por influenciar al resto del mundo. El marxismo es en último término un programa para el mundo entero. Siendo marxistas doctrinarios, los líderes de la Unión Soviética naturalmente ven nuestras relaciones en esos términos, y podemos mantener el asunto entero en perspectiva mirando al futuro desde su punto de vista.

No hay razón por la que debamos sentirnos complacidos a pesar del atraso de Rusia y de los bajos niveles de vida en ella, ya que Rusia es potencialmente la más poderosa del mundo. Comprende una enorme masa de tierra que ocupa la posición clave entre Europa y Asia. Tiene inmensos recursos naturales. Tiene abundancia relativamente inagotable de brazos. Como un gobierno totalitario que son, los líderes soviéticos puede hacer un uso altamente eficaz de esos brazos —que comprenden también los de las mujeres— y sus trabajadores tienen que hacerse más eficaces a medida que el tiempo pasa.

Como asunto personal de fe, yo creo que la libertad es más creadora que la dictadura. Nuestro historial en la guerra, creo que lo demuestra. Ahora que la guerra ha terminado, no tiene caso felicitarnos a nosotros mismos de nuestros éxitos en el campo y en las fábricas. Pero al menos tenemos pruebas concretas de que bajo ciertas circunstancias que amenazan nuestras libertades, los Estados Unidos pueden organizarse y llegar a una meta nacional. Aun cuando nuestros brazos son más limitados que los brazos de hombres y mujeres rusos, son, sin embargo, muy numerosos.

Nosotros también tenemos abundantes recursos naturales, y nuestra posición geográfica es también estratégica. En una competencia internacional nuestro mayor haber es un alto nivel de habilidad técnica. Hombre por hombre, nuestra población es infinitamente más productora en la fábrica y en el campo. Pero en tiempos de paz no estamos organizados para la producción máxima. Muchas otras consideraciones humanas vienen primero. Tampoco podemos garantizar a nuestro pueblo la seguridad económica.

Es cierto que no hay gentes sin trabajo en la Unión Soviética, aun cuando el trabajo no es en ningún sentido un asunto de personal elección y hay inmenso exceso de traba-

jadores para cualquier empleo. En competencia con Rusia, que es una fuerza dinámica en el mundo, tenemos que conservar nuestra supremacía mediante un crecimiento que sea también dinámico. Tenemos que aumentar la producción y que elevar los niveles de vida en una escala dinámica. Nuestro problema básico es cómo organizarnos para una producción máxima sin violar las garantías individuales.

¿Cuán minuciosamente podemos organizarnos para el bien común sin coartar las libertades del hombre? Hablando como ciudadano americano, no lo sé. Lo que sé es que ahí está el problema.

* * *

Después de 10 meses en Moscú partí rumbo a mi patria hace un mes con el espíritu muy decaído. Basado en mi experiencia personal y mis observaciones personales, no podía ver perspectivas de relaciones cordiales con la gran potencia de Europa y de Asia. Para expresarlo en los términos más simples, ello es una lástima porque sería placentero y útil tener una asociación amistosa con este pueblo.

Mi esposa y yo viajamos en un avión soviético desde un excelente aeródromo de Moscú a Odessa, pasando por Kiev. El avión era una versión rusa de nuestros transportes Douglas y contra lo que muchos americanos informan sobre los vuelos soviéticos, el vuelo entero fué manejado con habilidad, comodidad y prontitud. Gozamos de las compañías de los otros pasajeros, como siempre gozamos de la compañía de cualquier grupo de rusos. Tenían un cordial sentimiento familiar mutuo que se extendió para comprendernos a nosotros.

Se nos tuvieron pequeñas cortesías de cuando en cuando y nos probaron que aun cuando no podíamos unirnos a la familia, no éramos excluidos. Estas cosas son minucias, pero representan mi experiencia con el pueblo ruso —aparte de los funcionarios del Gobierno— y confirman mi sentimiento de que el pueblo ruso es sincero y de buen corazón. Es una lástima, que como nación tengamos que vivir con los rusos como nación en una atmósfera de resentimiento y tensión. Pero tenemos que hacerlo. No hay otro camino.

FRENTE A LA SOLUCION COMUNISTA

Solución, del verbo latino "solvo", quiere decir libertad, y pagamento de deuda, y separación.

El comunismo cumple con la etimología del vocablo, ya que, a su modo —aunque falso y pernicioso— liberta al proletario de la desesperanza total, paga a medias una deuda innegable contraída entre el capital y el trabajo y separa la miseria actual del obrero de esa miseria mayor aún, que es ver cerrados todos los horizontes, sin poderse atisbar siquiera una promesa redentora, aunque ésta no vaya a cristalizar jamás.

Es, pues, el comunismo una solución; pero una triste y tenebrosa solución. El comunismo es ateo, materialista, negador de la propiedad privada, solemne despreciador de los valores intangibles de la persona humana . . . Es como el disparo suicida de quien perdió toda esperanza y hasta la confianza en Dios. Es un remedio prohibido, pero para muchos es el único posible, porque no saben discernir de dónde ha de venir la luz y la salud.

¡Cuántos hay que viven discutiendo y condenando las actitudes y las máximas de los que siguen a Marx; la seducción de sus halagadores principios y la habilidad de sus plásticas organizaciones!

Y citan datos auténticos, de cómo se va infiltrando suave y hondamente la propaganda de Moscú.

Uno dice, por ejemplo, que el señor Constantino Oumansky, que fué Embajador ruso en Méjico, cuando este país era el centro de toda la propaganda comunista en América, jamás frecuentaba los círculos llamados marxistas. Que nunca asistía a las asambleas del partido comunista. Que, dotado de un notable don de gentes, recibía a la mejor sociedad mejicana en su fastuosa Embajada, mantenida, naturalmente, con el dinero de los campesinos y obreros de la Unión Soviética.

Otro habla de la Embajada cubana. Es espléndida. El personal es numéricamente muy superior a los

modestos requerimientos de una misión diplomática (¡y no hay relaciones comerciales entre Cuba y la U.R.S.S.!). En todas las provincias, exceptuando tal vez a Pinar del Río, donde la cosecha principal es el tabaco y no el azúcar, como en otras partes, los sindicatos están bajo el control de los comunistas. Al servicio de ellos, también, y bajo su dirección, funciona la "Radio Mil Diez", una de las transmisoras más potentes de la República. En setiembre de 1944, el partido contaba con 220 círculos de estudio, activos y bien organizados a lo largo de la isla. El diario comunista "Hoy", de gran tiraje, mediante una edición especial, llega en pocas horas después de aparecer en La Habana, a regiones rurales del interior, donde los demás periódicos de la capital se reciben sólo dos días después de su publicación.

¿Será Chile, exclama un tercero, el próximo laboratorio en el que ensayarán los rojos nuevas "técnicas" y maquiavélicas tácticas? Y trae a colación nuevos testimonios y temores —consecuencia de la doctrina rusa—, como el caso ocurrido en Francia, en mayo de 1937. Cuatro enfermeros, sindicalistas del Hospital del Salvador, de Lille, dejaron morir a un enfermo acabado de operar, rehusándose a transportarlo, porque habían pasado ¡cinco minutos! de su horario habitual... (Si el hombre es sólo materia, un mero conglomerado de protones y electrones; si no existe lo absoluto, ni el bien moral, ni la verdad, ¿qué otra cosa esperar de esos pobres "camaradas" de camisas rojas?).

En verdad es terrible el comunismo. Es destructor. Aniquila al individuo y a la familia y a la sociedad entera, con su maligna lucha de clases. Nosotros también podemos tomar parte en el coro de los que lo maldicen y entonar la sinfonía de repudio con todos los que lo detestan y le temen.

Pero eso no basta. La hemorragia de un herido no se corta con lamentaciones. Ni se evita la propagación de un incendio con retóricas e insultos. Hay que obrar. Hay que alejar el monstruo bolchevique, remediando los males que lo hacen aparecer simpático a las masas, y no únicamente prodigándole amenazas y palabras injuriosas. Hay que caer en la cuenta de la injusta desnivelación económica actual, en los diversos estratos cívicos, pro-

curando en seguida aportar a esos problemas objetivos una solución equitativa y posible.

En Chile, como nuestro mundo contemporáneo, enormes mayorías piden alimento y vestido y vida digna de un ser humano; mas no hay quien pueda dárselos. Afanoso vuelve el pueblo sus miradas lánguidas hacia los cuatro costados, y doquiera halla incomprensión, egoísmo, oscuridad . . . Sólo en un ángulo de su negra perspectiva divisa un hilo luminoso. No advierte, en su entusiasmo febril, que son meros fuegos fatuos, y se lanza. Se entrega a la demagogia, que le ofrece "pan y circo", carente de previsiones para el futuro, que será, sin duda, más trágico y más anónimo. Pero como nadie más le extiende una tabla a que se aferre en su naufragio pecuniario y doméstico, el comunismo será en adelante su esperanza y su aparente salvación. La solución que anhelaba. Falsa, en realidad; pero, con todo, "solución".

¿Qué hacer, pues?

No existe más que una respuesta vital. A los males auténticos del pueblo hay que acudir con una solución verídica: la única es el cristianismo. Un cristianismo sincero, energizante, polarizador de todas nuestras tendencias, trascendente y realizador en este mundo de la voluntad divina.

Dios quiere que los hombres vivan como seres racionales; que todos puedan mantenerse honradamente y mantener a sus familias y ahorrar un poco, para contingencias posibles de enfermedad o cesantía y aun para modestas diversiones lícitas. Dios no quiere que en nuestra patria sigan entrando a los hospitales, anualmente, unos 10,000 enfermos sifilíticos; ni que se conserve una masa entre 140,000 y 200,000 habitantes con tuberculosis (1946), ni que más de un 50 % de la población obrera reciba un salario inferior al vital (1938), ni que 1/4 de nuestra población muera antes de cumplir los 2 años, y la mitad antes de los 9; ni que el 42 % de los que están en edad escolar permanezcan instalados en el analfabetismo; ni que haya poco más de 1,600 sacerdotes para 5.000,000 de almas; ni que sigan a diario anulándose 5 ó 6 matrimonios; ni que haya 50,000 abortos cada año . . .

Muy a menudo, deplorables situaciones éticas y religiosas se deben atribuir a posturas económicamente insostenibles. Y por eso ha cundido por el siglo XX el comunismo, con el empuje selvático de un torrente desbordado: porque las masas, alejadas de Cristo y de Su Iglesia, ignorantes, mal nutridas, llenas de odios y deseos de venganza, sólo aguardaban una promesa más o menos practicable, para recibirla en triunfo, como la solución prototipo de sus ya largos infortunios. Y se nos adelantó, por desgracia, el comunismo. No doctrinalmente, por cierto, ya que mucho antes fueron promulgadas y difundidas las Encíclicas sociales de los Pontífices de Roma. Pero sí, por lo general, en el terreno de las realizaciones, ya que muchos tibios y desleídos católicos aburguesados no quisieron arrimar el hombro para transportar hasta el conventillo proletario las soluciones cristianas.

¡Cuántos, contentos con su renta fija y su calefacción central, adujeron solamente frases y jamás hechos concretos! ¡O lo hicieron durante un período brevísimo de su existencia, considerando ya saldadas todas sus deudas para con los que trabajan con sus manos! Para no modificar su cómoda posición burócrata, prefirieron recordar que el pueblo dilapida lo que se le da; que anualmente consume unos \$ 500.000,000 en alcohol; que ha arrojado al fuego las tablas de la nueva vivienda que su patrón ha tenido a bien construirle, trasladando su miseria al viejo rancho destartalado... Y concluyen, creyendo hacerlo con rigurosa lógica, diciendo que todo esfuerzo en sentido filantrópico es inútil y, por lo mismo, absurdo; y vuelven a tomar su novela racionalista, o siguen su partida de bridge o de billar...

Con ese modo de pensar, habría que abandonar a la infancia a sus caprichos, contentándose con retirar de su alcance cuanto pudiese el niño dañar... O habría que dejarlo arrinconado, sin procurarle ayuda ni sustento, como pretenden no pocos que ha de hacerse con el pueblo, porque no sabe responder instantáneamente a los conatos esporádicos que efectúan algunos para sacarlo del fango. No. Más razonable es educar al niño, enseñándole a usar bien de las cosas. Y lo mismo dígame del pueblo, tomado en conjunto, porque él es tam-

bién un niño . . . aunque tenga encallecidas las manos y el rostro curtido por el tiempo.

Nadie niega que ese aprendizaje exigirá grandes dosis de paciencia y aun a veces de heroísmo, y que habrá de recomenzar una y otra vez, y que no será siempre agradecido y bien interpretado. Pero nada le importa al que lleva un mensaje grande, o al que está inflamado por una pasión noble, de ésas que valorizan la vida y la hacen digna de vivirse.

Con lo expuesto, no pretendo que ha de negarse torpe y arrebatadamente la obra positiva de muchísimos patriotas — como aquellos liberales y conservadores de principios de este siglo, que supieron intuir los anhelos socialistas de la época reciente.

Ahí están, para comprobarlo, sus leyes de habitaciones para obreros; de descanso dominical; la que exigía a los comerciantes instalar sillas para sus empleados, y darles un tiempo libre de hora y media para su almuerzo; las primeras leyes dictadas para indemnizar a los obreros por accidentes del trabajo; la de préstamos para edificaciones para empleados y obreros; de Instrucción Primaria Obligatoria; de Seguro Obrero Obligatorio; de Sindicatos Industriales; la que reglamentó el trabajo nocturno en las panaderías; la que creó la Caja de Crédito Popular; la de Protección a la Infancia Abandonada; de la Habitación Barata; de la Medicina Preventiva . . .

Ahí están, además, las distintas obras de asistencia social que fundaron y sostuvieron “con cristiana abnegación, casi exclusivamente, nuestros hombres y nuestras mujeres”. La Junta de Beneficencia Pública, el Patronato Nacional de la Infancia, la Protectora de la Infancia, las Creches, la Cruz Roja de Chile, la Cruz Blanca, el Asilo de Ciegos Santa Lucía, la Liga Protectora de la Araucanía, la Liga contra el Cáncer y la Tuberculosis, la Sociedad de Dolores; los innumerables asilos, patronatos, gotas de leche, policlínicas, escuelas gratuitas, “Hogares de Cristo . . .”.

Todo esto nos honra y es muy laudable. Pero hagámonos humildes y recordemos la palabra del Maestro a Sus Discípulos: “Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado, decid: siervos inútiles somos; sólo he-

mos hecho lo que estábamos obligados a hacer''. No tendremos entonces la tranquilidad para cruzarnos de brazos y afirmar sofisticadamente que siempre habrá pobres en el mundo. Ni rehusaremos toda responsabilidad individual, atribuyendo al Estado la integridad de ese deber.

Se ha hecho y proyectado mucho, en realidad, para llevar el pueblo hacia la solución que aguarda jadeante y sudoroso, al iniciar cada mañana su monótona labor. Pero queda aún mucho por realizarse. Quedan abiertas heridas húmedas, que debemos restañar. Quedan muy ásperos roces, que es nuestra misión suavizar. Quedan, y a veces a contados pasos de nuestras lujosas y bien amuebladas mansiones, situaciones indescriptiblemente amargas y aflictivas que, por lo menos, es preciso conocer. El que abunda en bienes de este mundo no tiene derecho a prescindir de la inopia ajena, y está obligado a procurar remediarla, conforme a sus medios. No es posible admitir la tesis de que un millonario puede ir siempre que le plazca a recorrer los países del Nuevo o Viejo Mundo, dejando grandes fortunas a hoteleros y dueños de ruleta, mientras en su estancia los inquilinos, que él apenas conoce, ganan un salario escuálido y desproporcionado a las necesidades cotidianas de una vida difícil, y arrastran la miseria de su existencia entre viviendas insalubres. También repugna la hipótesis de que puede adquirir un automóvil por 280 ó 300,000 pesos el patrón que sabe que en su fundo algunas familias de 8 miembros disponen de sólo 2 camas para dormir, y está la madre tísica, tendida junto a 4 hijos pequeños, desnutridos y famélicos.

No todo lo que no es pecaminoso puede ejecutarse siempre y en cualquiera parte. Y si bien no estamos de acuerdo con el maniqueísmo o el llamado puritanismo, que condena las entretenciones y los placeres que no son puramente espirituales, no por eso hemos de callar ciertas escenas que claman venganza al cielo, porque representan desigualdades demasiado irritantes y escandalosas. Que haya en invierno, noche tras noche, bailes inmensos (sin embargo, no condeno los que se hacen en circunstancias especiales, ni las fiestas pequeñas repetidas), mientras los suplementeros acurrucados bajo los puentes

del Mapocho no tienen qué llevarse a la boca. (En 1945, 15 "vagos" murieron en tal forma).

Tampoco en Chile ha de recaer la culpa con exclusividad. En todo el mundo de post-guerra se hace sentir esa relajación de convicciones y de conducta, y ese deseo de gozar, aunque todos los demás fallezcan. Para no citar más que dos hechos: no obstante el hambre que reina entre vencidos y vencedores, hubo no hace mucho tiempo quien compró el famoso "Stradivarius" de Fritz Kreisler, por la suma fabulosa de 80,000 dólares, en los EE. UU. Y en Buenos Aires se vendió por el valor de \$ 135,000 nacionales el toro "Aberdeen Angus", premiado en la Exposición Agrícola última. (Este último punto es discutible, ya que un reproductor fino va a mejorar la raza y merece, por tanto, una cotización subida . . . ; pero, si hubiera tanta sed de "fraternidad" como la hay de "igualdad" y "libertad", por lo menos veríamos, al lado de aquel deseo de tener mejores ganados, un deseo eficaz de tener hombres mejores).

Reconozco, al terminar, que algunas de las expresiones aquí emitidas son duras. Especialmente para aquéllos que están habituados a escuchar únicamente fraseologías halagüeñas. Pero el eterno problema ha de plantearse y abordarse, aunque lastime: "O somos o no somos". O somos lo que profesamos ser, cristianos íntegros, que aman a Dios en el prójimo y al prójimo por Dios, y que se interesan sinceramente por redimir a los esclavos de la civilización actual; o somos, como los paganos de la Roma decadente o del Renacimiento luterano, unos pobres ególatras, convencidos de que el pueblo nació solamente para servirnos. No hay término medio —si queremos soluciones radicales— entre comunismo y cristianismo, entre Jesucristo y lo que no es Jesucristo. Por eso dijo una vez el Señor a un seguidor suyo remiso: "Porque eres tibio estoy a punto de vomitarte de mi boca". Y aunque tiemble nuestra mano al transcribirlo, es menester reconocer que Chile, nuestro amado "país de tierra estrecha y de corazones anchos", ha decaído del fervor de su primera caridad, y es por eso tal vez que el Creador permite que en él fermenten tantas desgracias.

Pero hay materia prima excelente. Hay tiempo aún para reaccionar. El presente está a disposición de quienes deseen forjar un futuro más feliz. Y, además, ¡qué consoladora y plena es la vida del que se olvida a ratos; del que consagra parte de su tiempo y de sus posesiones a subsanar las privaciones de los pobres, preferidos del Señor; del que estudia proyectos y propone leyes para mejorar su situación; de quien siembra a todos los vientos ideas refrigerantes y cristianizadoras, arrastrando a muchos de su clase y profesión, merced al dinamismo de su ejemplo, a fundar asilos u hospitales, a abrir escuelas y a levantar templos, a introducir entre las familias desheredadas la sonrisa del bienestar y de la paz!

Con ello no sólo sirve a Dios, sino que también hace patria, en el sentido más depurado del vocablo, mereciendo, por tanto, señalarse entre los grandes benefactores de la humanidad y ocupar el puesto reservado a los que aportan geniales soluciones luminosas.

AVENTURAS DE UN MONO

El 26 de agosto de 1946, la *Pravda* publicaba en primera página y con grandes letras, un extracto de la decisión del Comité central del Partido, fecha 18 de agosto, del que vamos a citar sólo un párrafo: el que se refiere a un conocido escritor soviético, Miguel Zotchenko, que ha sido uno de los escritores más populares en Rusia. Durante el período de la revolución espontánea (1917-1925) que, a pesar de la miseria y de las terribles condiciones materiales, fué acogida con entusiasmo por gran parte de la intelectualidad rusa, Zotchenko contribuyó poderosamente con sus escritos a suprimir el tipo de proletario soviético pasivo e ignorante y a destruir la atmósfera desmoralizante y amoral de la E. N. P. que Lenin había creado para subyugar más fácilmente a la población soviética. Con Ilf, Petrov y Katai, ha sido uno de los más populares humoristas. Pero a partir de 1935, en Rusia se comenzó a combatir la sátira y el humorismo. No obstante, Zotchenko aprovechó la situación producida por la guerra para publicar en diversas partes su novela "Antes de la salida del sol", donde intentaba volver a introducir en la literatura soviética los derechos del individualismo. Por esa época ya se le llamó al orden de un modo amenazante. En fin, el decreto del 18 de agosto último habla de Zotchenko en estos términos: "El último relato de Zotchenko, titulado "Aventuras de un mono", es un grosero libelo contra las costumbres y los ciudadanos soviéticos. Zotchenko representa al régimen y a la población soviética bajo la forma de una monstruosa caricatura, pintando de un modo falaz a los habitantes de la U.R.S.S. y haciendo de ellos unos seres primitivos, sin cultura, estúpidos, y con gustos y costumbres burguesas. Estas malévolas descripciones van acompañadas de descripciones antisoviéticas".

Zdanov, miembro del Politburo y Secretario del partido, dió una detallada conferencia sobre este relato, y entre sus párrafos hay uno que dice: "Leyendo y analizando atentamente este relato, veréis que Zotchenko representa a su monó como un juez de nuestro régimen social, y le obliga a dar lecciones a los ciudadanos soviéticos bajo un aspecto monstruoso, caricaturesco y vulgar. Esta invención era necesaria a Zotchenko para poner en boca de un mono una sentencia antisoviética llena de veneno, es decir: que es mejor vivir en un jardín zoológico, que en libertad, y que se respira mejor en una jaula, que entre la gente de la Unión".

A continuación damos una traducción del cuento de Zotchenko, publicado en *Zvezda*, números 5 y 6, 1946.

Había un jardín zoológico en una ciudad meridional. No muy grande, por cierto. Había en él un tigre, dos cocodrilos, tres víboras, una zebra, un avestruz y

un mono: mejor dicho, una mona, una monita. Evidentemente había también algunos animalillos más, pajaritos, pececitos, ranas y otras bagatelas sin importancia del mundo animal. Al principio de la guerra, cuando los fascistas bombardeaban la ciudad, una de las bombas cayó precisamente en el jardín zoológico y explotó con un inmenso y ensordecedor ruido. Entonces murieron a la vez las tres víboras. Esto no podría llamarse un hecho deplorable, pero —¡ay!— también pereció el avestruz. Los otros animales salieron como pudieron y, en resumen, tuvieron más miedo que daño.

En cuanto a la mona, se asustó más que todos los otros animales juntos. Su jaula fué volcada por el aire de la explosión, y una de sus paredes, rota. Y he aquí a nuestra mona lanzada en mitad de los senderos del parque. Cavó de barriga, pero no se quedó tendida, a la manera de los hombres, más habituados a las actividades militares. Antes al contrario, saltó inmediatamente a las ramas de un árbol, de aquí a una empalizada, después a la calle y, espantada, emprendió la fuga a cuanto le daban las piernas.

Probablemente se dijo: “Esto es un abuso. Si echan bombas por esta parte, tendré que protestar”.

Y siguió corriendo, según cuentan, como si llevara unos perros mordiéndole los talones. Después de haber atravesado toda la ciudad, la emprendió por una carretera, decidida a abandonar aquellos lugares.

¿Qué quieren ustedes? Se trata de un mono, y no de un hombre. Un mono que no comprende qué pasa y que no encuentra motivos para permanecer en la ciudad.

La monita continuó su carrera hasta el agotamiento. Muerta de cansancio escaló un árbol, se comió un moscardón para mantener sus fuerzas, y después unos cuantos insectos más, y se quedó dormida en la rama en que se había posado.

En esto pasó por allí un camión militar. El conductor divisó a nuestra mona en el árbol. Sorprendido, se acercó con paso de lobo, cubrió al animalito con su abrigo y la metió en su carruaje. —Mejor será regalarla a un amigo —se dijo— que dejarla aquí para que se muera de frío, de hambre o de otras privaciones.

Y partió en compañía de la mona. Llegado a la ciudad de Borysov, bajó del camión.

—Espérame aquí, pequeño —le dijo al mono—. Volveré inmediatamente.

Pero nuestra mona no estaba dispuesta a esperarlo. Se deslizó por un boquete de la ventana y empezó a deambular por las calles de la ciudad.

Y aquí la tenemos vagabundeando, cuidadosa y con la cola bien empingorotada. Los transeúntes, admirados, se pusieron a perseguirla, pero sin lograr apoderarse de ella. No es asunto fácil atrapar a un mono. Era viva, nuestra monita y la gente se agitaba haciéndola correr como un conejo.

Fatigada, jadeante, sintió hambre, claro está. Pero, ¿qué se puede comer en la ciudad? En las calles no hay nada comestible. Y entrar en una cantina, por ejemplo, o en una cooperativa, con aquella cola, imposible.

No tenía dinero, no tenía derecho a reducciones, ni tickets de alimentación. Pesadilla.

Sin embargo, entró en una cooperativa, suponiendo que iba a encontrar algo. Allí venden precisamente legumbres: zanahorias, nabos, pepinos. Un salto, y ahí la tenemos en el almacén. ¿Y qué ve? Una cola interminable. No, ella no se va a meter en la cola, ni a empujar a la gente para llegar al mesón; sencillamente se acercó al vendedor, a la cabeza de los clientes. Llegada al mostrador, nuestra mona no pregunta por el precio de las zanahorias, sino que se apodera sencillamente de una caja entera y se va por donde ha venido, muy satisfecha de su compra.

¿Qué quieren Uds.? Se trata de un mono, nada más que de un mono que no comprende nada de eso de las leyes de aprovisionamiento.

Claro está que en el almacén hay gritos, estupefacción y tumulto. La vendedora, que estaba pesando los nabos; está a punto de desmayarse de emoción; verdad es que sentir de pronto, al alcance de la mano, una cosa peluda, con cola, en lugar de un comprador nor-

mal, es para pasar un susto. Y más si el insólito cliente se olvida de pagar su factura.

El público se lanza en persecución del mono. Este emprende la carrera, mordisqueando su zanahoria y degustándola, sin comprender a qué viene aquélllo. Los chicos vienen los primeros, luego los adultos y, tras éstos, el miliciano soplando su pito. ¿Y no resulta ahora que, al doblar una esquina, un perro se entromete también en el asunto? Un perro tan bruto que, ladrando y corriendo, trata de atrapar con sus dientes a la mona. Esta precipita su velocidad. Corre, y se dice, sin duda: "Vaya, vaya . . . He hecho mal en abandonar el jardín zoológico. Allí estaba tranquila en mi jaula. Hay que volver en seguida a mi jardín".

Sigue corriendo, pero el perro está ya junto a sus patas; un instante más, y la atraparé. Entonces nuestra mona escala una verja y, en el momento en que el perro salta para cogerla, le larga con todas sus fuerzas un golpe con la zanahoria en los hocicos. Golpe tan doloroso que el perro prorrumpe en aullidos y se vuelve a su casa con la nariz en compota.

—Esto, no, ciudadanos —se dice—. Prefiero quedarme tranquilamente en mi casa, echado, que perseguir monos, para sufrir tales percances.

El perro se larga, y nuestra mona salta al patio. En este patio, a esta hora precisa, un muchacho joven, Aliocha Popoff, está cortando leña. Ahí está, partiendo los troncos, cuando percibe súbitamente al mono. A Aliocha Popoff le gustaban mucho los monos. Toda su vida había soñado con tener uno. Y ahí está, junto a su mano, como por encanto.

Aliocha se saca la chaqueta y se lanza sobre el mono que está acurrucado en un rincón, bajo la escalera. Se lo lleva a su casa, le da de comer y le hace beber té. El mono está encantado, pero no del todo. La abuela de Aliocha no siente ninguna simpatía por él. Se pone a gritar y quiere pegarle. Todo a causa de un bombón a medio mascar que la abuela ha dejado al borde de su platillo mientras tomaba el té; y del que la mona se ha apoderado, zampándose en la boca. ¿Qué quieren ustedes? No se trata de un hombre, seguramen-

te. Un hombre, si roba algo, no lo hará ante los ojos de la abuela. Pero la mona lo hizo sin inmutarse, delante de la abuela, que estalló en sollozos.

La abuela dijo:

—Es excesivamente desagradable que un mico con esa cola habite en la casa de una. Eso no tiene figura humana, y me daría miedo. Va a saltar sobre mí en la oscuridad. Se comerá mis bombones. No, decididamente, rehusó vivir bajo el mismo techo que un mono. Uno de nosotros dos debe irse al jardín zoológico. ¿Es necesario que sea precisamente yo? No, es preferible que sea el mono, y yo me quedaré en mi casa.

Aliocha respondió a su abuela:

—No, abuela, tú no estás obligada a ir al jardín zoológico. Te garantizo que el mono no te robará nada más. Voy a educarlo como si fuera un hombre, le enseñaré a usar la cuchara y a beberse el té en un vaso: en cuanto a los brincos, es imposible, abuela, prohibirle que salte a la lámpara que cuelga del techo, y de ahí puede, evidentemente, saltar a la cabeza de alguien; pero si eso sucede, no te asustes. Es un mono inofensivo, habituado a hacer en África toda clase de piruetas.

Al día siguiente, Aliocha parte para la escuela. Ruega a su abuela que vigile al mono. Pero la abuela no se toma este trabajo.

No faltaba más que esto —se dice la abuela—. ¡cuidar de semejante monstruo!

Y pensando esto, se instala en un sillón y se duerme.

Entonces nuestra mona se escapa por una ventana entreabierta y baja a la calle, para tomar el sol, paseando. ¿Quiere hacer un poco de ejercicio, o piensa tal vez hacer una nueva visita a la tienda de legumbres para comprar algo — sin pagar, por cierto? No sabemos.

Por la calle pasa un viejo, inválido además, un tal Gavrilich. Va a un establecimiento de baños. Lleva un canasto con ropa y jabón. Al ver al mono, no quiere creer en sus ojos. ¿Es verdaderamente un mono, o una ilusión debida al jarro de cerveza que acaba de

tomarse? Mira, sorprendido, al mono, y el mono le mira a él, probablemente diciéndose: ¿Quién será ese tipo tan raro que está ahí con un canasto?

Por fin Gavrilich se da cuenta de que es un verdadero mono, y no un mono imaginario, y piensa: "Tratemos de atraparlo. Mañana lo llevaré al mercado y lo venderé por cien rublos. Eso me significará diez jarros de cerveza que me tomaré seguidos".

Y diciendo esto, Gavrilich puso manos a la obra, dirigiendo al mono palabritas cariñosas:

—Lindo, precioso, ven, ven . . .

Y aunque le hacía señas como para llamar a un gato, bien se daba cuenta de que no era un gato; pero algo hay que hacer para dejarse entender por quien ocupa un puesto inferior en la escala animal. Entonces sacó de su bolsillo un terrón de azúcar y se lo mostró al mono, diciéndole:

—Encanto, ¿no te gustaría tomar un poco de azúcar?

Y la otra respondió:

—Sí, sí, con mucho gusto.

Es decir, la mona no dijo nada, porque no sabe hablar, sino que se acercó, tomó el azúcar y se puso a mordisquearla.

Gavrilich la toma en sus brazos y la mete en su canasto. Allí se está muy cómodamente, y nuestra mona no parece dispuesta a la fuga. "Muy agradable esto de llevarme en un canasto" — se dice la mona.

Al principio Gavrilich estaba dispuesto a llevarla a su casa, pero no queriendo volver sobre sus pasos, se dirigió con ella hacia los baños, mientras se decía: "Hago muy bien en llevarla al baño. Voy a lavarla, quedará muy limpia y muy mona. Le pondré un collarcito y la venderé en el mercado por más dinero".

Y aquí lo vemos llegando al baño con su mona. Hacía calor en el establecimiento, mucho calor, justamente como en África, y nuestra mona gozaba plenamente de esta atmósfera tropical. Pero las cosas se echan pronto a perder. Gavrilich la enjabona. El jabón entra en la boca de la mona. Evidentemente, el jabón no sabe bien. ¿Pero es necesario ponerse por esto

a gritar, a dar bofetadas, e incluso a rehusar lavarse? Finalmente, nuestra mona se pone a escupir y el jabón le entra en el ojo, lo que la pone en un estado de loca contrariedad. Muerde a Gavrilich en el dedo, y escapa del baño como una perturbada. Llegada a la guardarrropa, asusta a todo el mundo. Nadie se da cuenta de que aquello es un mono, aquella cosa redonda, blanca, cubierta de espuma de jabón, que salta primeramente sobre el diván, luego sobre la estufa, de allí a un arca, del arca a la cabeza de alguien y otra vez a la estufa.

Los clientes más nerviosos se ponen a gritar y salen corriendo. Nuestra mona hace lo mismo y baja rápidamente las escaleras. Al pie de las escaleras se encuentra la caja provista de una taquilla. La mona penetra por la ventanilla, suponiendo que allí encontrará la paz y se libraré del insoportable tumulto de la muchedumbre.

Pero la gruesa cajera, que se encuentra en la caja, lanza gritos estridentes:

—¡Socorro! —aúlla, lanzándose afuera de su chiribitil—. Creo que una bomba ha caído dentro de la caja. ¡Traigánme valeriana!

Nuestra mona, atribulada por el griterío, sale de la caja y se dirige a la calle. Y allá va, galopando como una loca, toda mojada y enjabonada. El público se lanza una vez más en su persecución. Los chicos vienen los primeros, luego los mayores y detrás el miliciano, y por último nuestro viejo Gavrilich, a medio vestir y con los zapatos en la mano.

Y ahora resulta que sale, de no se sabe dónde, un perro, el mismo que había perseguido a la mona el día antes. Viendo al animal, nuestra mona se dice: “¡Estoy perdida, ciudadanos, definitivamente perdida!”.

Pero el perro no se lanza esta vez en su seguimiento, sino que se limita a echarle una mirada a la mona, siente un dolor profundo en la nariz y se vuelve desdeñando unirse a los otros, y diciéndose: “Sería necesario tener hocicos de repuesto para correr detrás de los monos”. Y aunque no la sigue, ladra furiosamente, lo que significa: “Corre lo que te dé la gana, pero acuérdate de que estoy aquí”.

Al mismo tiempo, nuestro amigo Aliocha Popoff vuelve de la escuela y no encuentra en su casa a su querido mono. Está muy triste. Triste hasta llorar. Pien- sa que nunca más verá a su monito adorado.

Triste y lánguido, sale a la calle, deambulando, profundamente melancólico.

... Y he aquí que ve a la gente correr. ¿Se trata de una alarma?

No; nada de eso. Es el mono, su mono mojado y lleno de espuma. Se lanza a su encuentro, lo toma en sus brazos, lo estrecha contra su corazón y decide guar- darlo para siempre.

Los perseguidores rodean al muchacho y el viejo Gavrilich, abriéndose paso a través de la multitud, mues- tra su dedo mordido y dice:

—¡Ciudadanos! ¡No permitáis a ese granuja apo- derarse de mi mono, al que quiero vender mañana en el mercado! El mono me pertenece. Me ha mordido en el dedo. y ésta es la prueba de que digo la verdad.

Pero he aquí que sale alguien de la muchedumbre; el conductor del camión, que dice:

—No, el mono no le pertenece a Ud. Es mío, pues yo lo traje a esta ciudad. Pero yo tengo que irme a mi regimiento, y se lo regalo al que ahora lo tiene tan tiernamente en sus brazos, y no a ése que quiere sin compasión venderlo mañana en el mercado, para em- borracharse con el dinero. El mono pertenece a este muchacho.

Entonces todo el público aplaude y Aliocha Po- poff, destellando felicidad, estrecha la monita contra su corazón y se la lleva a su casa.

En cuanto a Gavrilich, con su dedo herido, se vuel- ve a los baños para terminar sus abluciones.

Desde ese día, la mona habita en casa de Aliocha Popoff.

Ultimamente fuí a Boryson, e hice una especial vi- sita a Aliocha para ver cómo está la mona. Está muy bien y ya no se escapa. Se limpia las narices con un pañuelo y no toca los bombones que no le pertenecen. Por eso la abuela está contenta, no le regaña, y no tiene ya la intención de trasladarse al jardín zoológico.

Cuando entré al cuarto de Aliocha, la monita estaba sentada a la mesa, tan digna como la taquillera del cinematógrafo, y se comía su sopa de arroz con una cucharita.

Aliocha me dijo:

—La he educado como un ser humano, y ahora puede servir de ejemplo a los niños y también, en cierto modo, a las personas mayores.

M I J A I L Z O T C H E N K O

NOVEDADES "SPLENDOR"

Hombres de relieve de la Iglesia Chilena: D. Crescente Errázuriz y D. Joaquín Larraín Gandarillas, por Fidel Araneda Bravo	\$ 65.—
Direcciones Pontificias en el Orden Social: Las Encíclicas que constituyen las bases fundamentales del orden social, por el P. Joaquín Azpiazu	137.60
La Iglesia y el Orden Social, por el P. José Goenaga	23.—
Los precios abusivos ante la moral, por el P. Joaquín Azpiazu, S. I.	44.—
Catolicismo Chileno, por Humberto Muñoz R.	25.—
El Imperio del miedo. Estudio bíblico y psicológico, por M. Chasles	45.—
Historia de Israel. Desde sus orígenes hasta el Exilio, por José Ricciotti (Volumen de 500 págs., en tela)	220.—
Grandes Maestros de la Pedagogía Contemporánea, por Francisco de Hovre	154.—
Ensayos sobre las Directrices Arquitectónicas de un Estilo Imperial, por Diego de Reina, Arquitecto	165.—
Las Fronteras de la Filosofía y la Física. Tomo I: El Átomo, por Jaime María del Barrio	225.—
La Antártida como mito y como realidad, por J. Otero Espasandin	33.—
El Conquistador de Pascua. Biografía del Hermano Eugenio Eyraud, SS. CC. (2 vols.)	60.—

Despachamos pedidos contrareembolso de Correos y FF.CC.
Pedidos a:

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Santiago: Av. B. O'Higgins 1626 — Cas. 3746 — Tel. 89145
Valparaíso: Independencia 2042 — Cas. 3296 — Tel. 7168

EL DRAMA DE LA JUVENTUD EN ITALIA

Hará poco más de un mes hallábame en Roma en la grandiosa "Via dell'Impero". Casi en la mitad de la misma, entre el Coliseo y Plaza Venecia, se yerguen, austeramente soberbios, los restos de la Basílica de Constantino. En la gruesa pared de ladrillos que protege su base, el Duce hizo grabar cinco grandes mapas. El primero ubica Roma en los momentos de su origen; el segundo representa la ampliación de sus dominios después de las guerras púnicas; el tercero añade las conquistas territoriales del César; el cuarto ostenta la máxima extensión alcanzada por el Imperio Romano. El quinto debía delinear las conquistas de Mussolini. En los días que siguieron al armisticio con los aliados, la furia iconoclasta del pueblo lo arrasó.

En su lugar no quedó sino una mancha informe, desdibujada, sin dejar la posibilidad de reconstruir, no digo la configuración de dichas conquistas, pero ni siquiera los contornos de Italia. Me pareció ver en ello la tristemente simbólica representación del desfigurado rostro de Italia, cual se muestra a quien traspasa sus fronteras.

Ruinas materiales y morales

Por supuesto lo primero que salta a la vista y oprime el corazón son las ruinas materiales.

Por sombrías que puedan parecer las descripciones que se hicieron, todas son inferiores a la dolorosa impresión que suscita en el alma la visión directa de las casas vaciadas, con un montón de ruinas en el medio formadas por los pisos y el techo derrumbados. Por la noche se experimenta una extraña sensación cuando, al pasar por las calles de Milán, a través de las ventanas desvencijadas se ven la luna y las estrellas.

Algunas ciudades, como Cassino, han sido totalmente arrasadas. De algunos pueblos, encaramados en las

verdes colinas, otrora encantadores y risueños, no han quedado en pie sino pocos trozos de pared, que junto con las vigas dobladas unas sobre otras, parecen lápidas y cruces de inmensos y desolados cementerios.

Pero más triste y desgarrador es el espectáculo de las ruinas morales.

Son conocidos los numerosos casos de colapso en las poblaciones meridionales, los episodios de decadencia moral en las mujeres al encontrarse con las tropas aliadas compuestas por hombres de todas las razas, quienes se presentaban con bríos de conquistadores, armados de dinero y víveres en abundancia, a poblaciones hambrientas, desnutridas y pobres, cuya resistencia moral había sido casi aniquilada por los padecimientos, la congoja y las privaciones sin fin.

Añádase el fenómeno no menos grave de la vagancia infantil, que en el sur tomó proporciones alarmantes en los primeros momentos de inevitable anarquía. Aun hoy día (a pesar de las disposiciones del gobierno y de las obras de salvación y prevención organizadas por instituciones o privados, particularmente por las Casas religiosas y las instituciones de A. C., fieles intérpretes de los llamados del Padre Santo), en Nápoles y en Roma se ve a numerosos niños, de ambos sexos, mendigos, vendedores ambulantes, dedicados a la "bolsa negra" y a negocios todavía más negros.

En el Norte este fenómeno se ve agravado por las consecuencias del mal ejemplo de los escuadrones de SS. y "camisas negras" que en el malhadado tiempo de la República Social Italiana, creada por Mussolini después de haber sido libertado por Hitler, enrolaban a muchachos de trece a catorce años, escapados de sus casas o sacados de los reformatorios y los armaban con fusiles ametralladoras y bombas de mano.

Como si esto no bastara, a las pocas horas de la liberación, una empresa industrial, ávida y turbia, aprovechando el momentáneo interregno, la carencia de la ley y de una policía suficientemente eficaz, con fines de lucro desprovisto de todo escrúpulo, ha lanzado sobre el mercado de las más importantes ciudades italianas una serie de publicaciones caracterizadas por la más desembocada sensualidad; novelas prohibidas en sus países

de origen, traducidas y puestas en circulación con rapidez asombrosa, libros de obscura patología sensualista, de torpezas morales, veladas por complicados cerebralismos, revistas de tipo francés con muestras de desnudo femenino integral, con tentativas de seducción, calculadas con todos los medios de la plástica y de la perspectiva.

Los kioscos se hallan repletos de este material infecto a tal punto, que es obvio pensar que una fuerza oculta alimente e inspire esta corriente opaca y pestífera y que, al interés de lucro se acompañe la intención secreta de desintegrar las ya demasiado probadas energías morales del pueblo y particularmente de la juventud, hoy más que nunca desconcertada.

Desorientación

El tener necesidad de orientación es propio de la juventud de todos los tiempos y países, pero en modo excepcional lo es de la juventud de la Italia de hoy.

Por muchos años y con todos los medios, en la enseñanza primaria y secundaria y, más tarde, en las aulas universitarias, en las organizaciones de los balilas y vanguardistas, en los actos deportivos y los campamentos festivos, en las celebraciones patrias; por la prensa, el cine y la radio y por los discursos oficiales, esta juventud se ha visto colocada, de manera ineludible, en la necesidad de orientar toda su vida hacia una meta única: el triunfo de la causa fascista, con respecto a la cual todo lo demás debió quedar subordinado.

Ya se sabe que los jóvenes gustan más de actuar que de pensar y que con facilidad se dejan conquistar por quienes, en lugar de ayudarlos a ejercitar la inteligencia y a buscar personalmente su camino en la vida, les presentan esquemas ya hechos y los guían por rutas establecidas, donde no hay sino que caminar sin preocuparse de la meta. Así ha sucedido en gran parte con la juventud de Italia en los años del fascismo. Y cuando los jóvenes más inteligentes advirtieron la terrible vacuidad de sus jefes, ya era tarde para volverse atrás. Entonces tuvieron que simular sin discusión una aceptación total de ideas, orientaciones y directivas que les repugnaban en su interior y que, en las conversaciones

íntimas con amigos seguros, eran objeto de comentarios ridículos cuando no amargos e irrespetuosos.

Esto llevó a los jóvenes italianos a la falta de lealtad, obligándolos a afectar actitudes exteriores distintas y opuestas a lo que pensaban y sentían; a desconfiar de sus guías y jefes y a caer, por consiguiente, en la apatía y el automatismo.

Hubo jóvenes que creyeron en el fascismo hasta el fin. Creyeron y se entregaron con sinceridad y generosidad. Se indignaron cuando Mussolini fué depuesto y encarcelado. Se regocijaron cuando, libertado por Hitler, instauró la efímera y funesta República Social, que precipitó al fascismo en la degeneración nazista y sometió a la población italiana a los métodos violentos y opresivos, a las deportaciones, las torturas, las matanzas y todas las represalias de que fueron objeto todos los pueblos invadidos por los hitleristas. A pesar de ello, el Duce, con el manifiesto de la nueva República, logró crear en aquellos jóvenes la ilusión de que ésta estaba destinada a corregir viejos errores y a iniciar una ruta mejor y los electrizó con la idea de que era preciso salvar el honor de la Patria, lavando la vergüenza de la traición consumada por Badoglio, con respecto a los camaradas alemanes.

Ahora, estos ex-combatientes republicanos han pagado con la prisión su ceguera, pero nadie les quita de la cabeza que la sociedad ha cometido una injusticia al castigarlos por haber obedecido hasta el fin al que por todos sus educadores y jefes les fuera señalado como el salvador de la Patria, más aún, como el hombre que "aveva sempre ragione".

No es ciertamente la permanencia más o menos larga en la cárcel la que puede curar a esta juventud de sus erróneas ilusiones. Ni son los argumentos de la fría jurisprudencia laica, desligada de toda consideración sobrenatural, como la que se usa en los tribunales de guerra, los que pueden convencerlos de cómo y por qué pueden ser culpados por su fidelidad y obediencia.

No hay sino una sola razón capaz de abrirles los ojos. Es la que esgrimieron los apóstoles cuando contestaron a los jefes judíos que los querían reducir a la

obediencia legal: "es mejor obedecer a Dios que a los hombres".

Amargura y escepticismo

Más desorientados aún se hallan los jóvenes que participaron en la guerra de Africa, de Rusia, de todos los frentes, que sufrieron largos meses en los campos de prisioneros, y ahora vuelven a Italia, el alma llena de trágicos recuerdos de amigos que han caído en los sangrientos combates y al poner pie en el suelo patrio encuentran que todo ha cambiado, que sus compatriotas piensan de modo distinto que ellos y los reciben fríamente, porque juzgan inútil, estéril y hasta antipatriótica la guerra, y les preguntan: ¿por qué habéis ido? ¿quién os ha enviado a la lucha?

Es indescriptible la amargura que embarga los corazones de estos ex-combatientes cuando ven así menospreciados sus sacrificios y el holocausto de los camaradas que han muerto por la Patria y se sienten extranjeros en su tierra y, a veces, en su propio hogar.

Distinta, pero no mejor, es la situación psicológica de los jóvenes que lograron desertar de las divisiones del ejército controladas por los alemanes, y pasarse a los aliados para luchar, al lado de ellos, en el Cuerpo Italiano de Liberación; y de aquellos otros que en el norte de Italia experimentaron, como era justo y natural, el peso y la vergüenza de la prepotente opresión hitlerista e integraron las filas de los patriotas, organizando la resistencia pasiva, los sabotajes, el salvamento de muchos rehenes, la huída de presos de los campos de concentración, y facilitando a menudo en forma decisiva el derrumbe de la máquina de guerra alemana.

Unos y otros realizaron empresas gloriosas, actos legendarios de arrojo y heroísmo. Muchas posiciones fortificadas del ejército alemán fueron conquistadas, a precio de sacrificios sangrientos y muchos muertos, por el Cuerpo de Liberación Italiano, que fué citado por los Aliados en varios boletines de guerra.

Pero hoy todo aquello es olvidado y, pese a las promesas hechas por los jefes aliados antes del armisticio y durante la campaña de liberación, Italia, en las

Conferencias de las Naciones sigue siendo considerada tan sólo en su faz de país enemigo y fascista, sin que su cobeligerancia pese algo en la balanza de la paz.

Inevitablemente esta actitud no puede menos que producir en los jóvenes, que combatieron por la causa aliada y para libertar a su patria, una profunda reacción, plena de amargura y escepticismo.

Una muestra de "democracias"

A esta juventud de Italia por mil causas decepcionada, escéptica y desorientada, dividida entre sí por opuestos sentimientos, de acuerdo a su anterior afiliación a los distintos bandos, víctima a la vez del fascismo y del antifascismo, a esta juventud, la actual política italiana, para acrecentar su desorientación, presenta la puja caótica de cerca de 70 partidos, si tenemos en cuenta también los de carácter regional.

Estos partidos políticos con sus diarios, sus comicios, sus debates y disputas en las plazas públicas —otro- ra repletas de gente "encuadrada", que escuchaba en silencio las directivas unívocas, inapelables y aplaudía en masa— son la palmaria demostración, por un lado, de la incompressible necesidad que tienen todos los hombres de expresar su parecer sobre los asuntos públicos, y por el otro, de cómo es difícil la vuelta al ejercicio de la vida democrática para un pueblo que por tantos años ha vivido sin posibilidad de crítica, ni de libre acción social y política.

La primera confusión inevitable es con respecto al significado de la palabra "democracia".

"Poseemos toda una muestra de democracias —escribe un periodista—, una muestra amplia, variada, más o menos agresiva, y que a menudo nada tiene que ver con la "democracia". Hemos llegado al punto en que cada cual se ha forjado una democracia propia para su uso y consumo".

Y he aquí, resumida en la carta de un joven, la repercusión inmediata que esta situación tiene en la psicología juvenil:

"Antes los jóvenes teníamos un camino trazado para seguir: un camino falso, sin duda, pero un camino.

Hoy nos encontramos perdidos. Un mundo nuevo del que no teníamos ni siquiera la idea de que pudiera existir, se ha presentado ante nuestros ojos. Un mundo en el que hemos experimentado por un lado un anhelo nuevo, una visión más completa y libre de la vida, y por otro lado vislumbramos un abismo: una guerra perdida, una patria devastada, las conciencias de los ciudadanos opuestas y desviadas. ¿Qué tendríamos que hacer? ¿elegir un camino? Para ello necesitamos tener un concepto exacto de lo que significa Patria, una clara idea de lo que ella es. Pero, ¿dónde hallarlo, si todo lo que nos rodea es inestable, todo es resbaladizo e inferrable?"

Hay una cosa en la que casi todos los partidos están de acuerdo: en declararse antifascistas. Los que hacen la voz más gruesa para lanzar anatemas contra el régimen fascista son los comunistas, que se glorían de ser sus enemigos más implacables.

Prácticamente son los principales sostenedores del movimiento de la "depuración" tendiente a eliminar a todos los responsables o colaboradores del fascismo. Ya se sabe cómo esta acción reaccionaria se presta a menudo a dar satisfacción a las venganzas, con el pretexto de querer la justicia. Se presta también a la fácil maniobra de obstaculizar la marcha de los partidos adversarios, acusándolos de neofascismo. Pero es evidente que el comunismo no puede atacar el alma del error fascista o sea el autoritarismo: el desprecio de la personalidad humana, el desconocimiento de su naturaleza, de sus exigencias, de sus derechos y responsabilidades, en fin, su total sometimiento al dios estado. Si lo hiciera así se destruiría a sí mismo.

El lobo con piel de cordero

A pesar de ello, el Partido Comunista Italiano representa un serio peligro para la juventud de aquel país y por varias razones.

El sistema fascista —como arriba hemos recordado— llevó a la juventud hacia el automatismo y el instinto gregario. Los jóvenes italianos —lo vemos en la carta arriba transcrita— han sido acostumbrados a marchar sobre un camino indicado, a seguir un jefe.

Esto es precisamente lo que aprovecha el comunismo, sustituyendo un dictador por otro. Además pudo aprovechar también del compañerismo que unió entre sí a todos los "partigiani" durante la lucha clandestina en una colaboración íntima y cordial, en la que, comunistas, socialistas, republicanos, monárquicos, democráticos cristianos y jóvenes de A. C. se hallaron unidos en un frente único de la juventud.

Este frente único actualmente se halla en manos de los comunistas, quienes sostienen que es posible continuar la colaboración también en el campo de las reivindicaciones sociales. Para ello los líderes del Partido han adoptado la táctica del lobo con piel de cordero al declarar que el Partido Comunista Italiano no es el comunismo ateo; más aún, hoy por hoy, es respetuoso para con la religión del pueblo italiano, de manera que los católicos que ingresaron en el partido pueden seguir siéndolo, dicen, pues la única finalidad del comunismo en Italia es la defensa de los obreros y el logro de la justicia social. He conocido a varios muchachos bien intencionados, generosos y activos que se han dejado ganar por la "mística comunista" y militan en las células del partido con un sentido de compañerismo, de abnegación, desinterés y entusiasmo tan grandes que les hace aceptar sin dificultad una disciplina y una obediencia ciega a las directivas de los comisarios soviéticos, no muy diferentes de las que mantenían a los jóvenes fascistas a merced del Duce.

Tal vez sin darse cuenta han caído de un totalitarismo en otro. No han comprendido que no es contraponiendo a un error el error opuesto que se restablece el orden, sino contraponiendo la verdad al error: la concepción cristiana de la vida a la concepción materialista.

Pero lo que ha faltado precisamente a estos jóvenes es la formación cristiana. "La trágica experiencia del fascismo —escribe Gedda, Presidente de los jóvenes de A. C. I.— demuestra, entre otras cosas, que una religión formalista, hecha de exterioridad, pero desprovista de contenido moral profundo, no sirve sino para esconder el abismo, como la nieve que cubre las grietas y hace más peligroso el camino".

Esperanza de resurgimiento

Tan sólo los jóvenes que pudieron vivir intensamente la vida cristiana han poseído la energía suficiente como para resistir a las influencias fascistas, escapar de la trampa del comunismo y estar listos para la tarea de la reconstrucción de la Patria.

Sólo ellos pudieron íntima y netamente rechazar todo totalitarismo, pues comprenden que totalitarismo es paganismo e idolatría, porque sólo Dios tiene derecho de ser totalitario.

Ellos únicamente pudieron oponer a las prédicas de odio la verdad de que todos los hombres, de cualquier raza o nación, son hijos del mismo Padre, y hermanos entre sí. Tan sólo los jóvenes iluminados por la fe católica pudieron confutar los errores totalitarios afirmando la dignidad de la persona humana. Ellos todavía son los únicos que, en estos momentos en que algunos parecen querer interpretar el traspaso del autoritarismo a la vida democrática como el triunfo de todos los instintos, pueden oponer un dique al desorden, afirmando que la libertad de hacer el mal es una contradicción en sí misma, porque el mal destruye la libertad.

Por eso la Juventud de Acción Católica, que con todos los movimientos que la afianzan (tales como el de la Juventud Obrera, de los Scouts, de los Estudiantes Secundarios y Universitarios), fiel a los llamados del Sumo Pontífice ha tomado nuevo empuje, representa la más sólida esperanza para el resurgimiento de Italia. De sus filas han salido los líderes mejor preparados de la "Democracia Cristiana", único movimiento que tiene las posibilidades más conducente para encaminar a la Nación italiana hacia un porvenir digno de sus más puras tradiciones.

Lo que hace falta para salvar a Italia y a Europa no es tanto hacer antifacismo, ni anticomunismo: es vivir el cristianismo.

"Nuestro ideal —proclamó Luis Gedda—, es decir, la razón de nuestra vida organizativa, como también el motivo dominante para la acción que cada uno está llamado a desarrollar, es uno solo: afirmar la concepción

cristiana de la vida ya sea pública como privada, en la persuasión de que ella no puede resolver sus problemas interiores y sociales sino a la luz del Evangelio de Cristo”.

Si ciertos jóvenes tuvieran la impresión de que estas directivas no están suficientemente en armonía con las insuprimibles tendencias socialmente reformadoras, que agitan hoy a los pueblos, han de convencerse de que no hay fuerza más saludablemente revolucionaria que el Evangelio.

Por lo tanto he aquí la meta que puede, que debe entusiasmarlos y despertarlos de toda apatía y de todo escepticismo.

He aquí el camino. Al recorrerlo con el corazón henchido de esperanza, mediten las palabras, que uno de los más grandes amigos de la juventud hodierna de todos los países, el Can. Cardijn quiere poner en los labios de todos los jóvenes que creen en Cristo y lo viven:

“¡Nosotros no abogamos por la revolución. **NOS-OTROS SOMOS LA REVOLUCION!**”

NUEVA POESIA ESPAÑOLA: CARLOS BOUSOÑO

La obra lírica de Carlos Bousoño: **SUBIDA AL AMOR**, editada primorosamente en la colección Adonais, viene dedicada a Vicente Aleixandre, maestro de los nuevos poetas españoles.

En el poema que lleva el título del libro, nos presenta Bousoño, su alma solitaria, triste en su ascensión al Amor, hasta que la luz de Dios se funde con la luz del alma en claro silencio.

En los primeros poemas —**SALMOS SOMBRIOS**— llama al Señor como el león a su hembra, grita su amor, quiere ser luz de las estrellas.

En uno de los poemas seleccionados: **CRISTO ADOLESCENTE**, el alma del poeta se llena de paz contemplando el paso de Cristo —encendida su sangre en primavera—, recorriendo los luminosos campos de Palestina. La nota trágica aparece en los versos que hablan de la triste y dulce madera que crece en los bosques vecinos, en donde le crucificará la sangrienta Jerusalén hermosa.

Los **SALMOS PUROS**, última parte de la obra, la angustia va en aumento, la nostalgia de algo que no se alcanza, de alma en tormenta y luz divina, de alma revuelta, de alma con furia de amor. En el Salmo del solitario sabemos que ya el beso del Amor lo ha marcado y, desde entonces, los hombres no lo aman, quedando sólo con Dios.

En el poema final: La luz de Dios, confiesa que mucha noche hace falta en el alma para conocer a Dios, esa noche oscura de su lucha diaria por alcanzar los puros cielos en donde el alma llega, pasa, gime de amor y se retira:

Dios hecho luz cubre los cielos.
Tú ya no existes, alma mía.
Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende límpida.

CRISTO ADOLESCENTE

Oh Jesús, te contemplo aún niño, adolescente.

Niño rubio dorándose en luz de Palestina.

Niño que pone rubia la mañana luciente
cuando busca los campos su mirada divina.

En el misterio a veces hondamente se hundía
mirando las estrellas donde su Padre estaba.

Un chorro de luz tenue al cielo se vertía,
al cielo inacabable que en luz se desplegaba.

Otras veces al mundo mirabas. De la mano
de tu madre pasabas con gracia y alegría.

Pasabas por los bosques como un claror liviano,
por los bosques oscuros donde tu Cruz crecía.

Niño junto a su madre. Niño junto a su muerte,
creciendo al mismo tiempo que la cruda madera.

Me hace llorar la angustia, oh Cristo niño, al verte
pasar por ese bosque junto a la primavera.

SALMO DEL SOLITARIO

Con tu beso de amor estoy marcado
como con una espada y un destello
en mi boca por siempre. Yo te amo
aquí, asediado, en tu fulgor ardiendo.

Los hombres no me aman, no me aman.
Ya no me aman porque a ti te quiero.
Sólo contigo estoy, oh Dios; contigo
como con un caliente bosque inmenso.

Ya no me aman porque tú has bajado
y en mis brazos dejaste un ancho cielo,
y estoy sobre la tierra solitario,
erguido, sosteniéndolo.

He crecido de pronto. Alzado estoy.
Una montaña entre mis brazos tengo.
te tengo a ti, Señor, y te levanto
con mis dos manos junto al firmamento.

Aquí estás. Aquí estás. Tenme así siempre.
Un río de dicha baja hasta mis miembros
cuando contigo meto mis dos puños
desgarradoramente, allá en tu reino.

LA AGUJA DEL TIEMPO

● CUESTION DE BUENA VOLUNTAD.

La alocución de Navidad de Pío XII tiene la cáustica virtud de recordar al mundo, vivamente, su inconclusa empresa. Conciso y sencillo, el mensaje le señala el camino hacia la paz con claridad tan abrumadora, que bien habrán de exprimir el seso los estadistas, antes de inventar más pretextos en su retardo hacia la meta que tan vehementemente desean alcanzar los pueblos.

Cuando poco antes de las Navidades concluían en Nueva York las sesiones de las Naciones Unidas, más de una voz optimista alabó sus progresos, y se frotaron muchas manos con la impaciencia de un futuro mejor.

Pero con todo, dos años después del fin de las hostilidades, no se ha concluido la paz, y es posible que tampoco se concluya en 1947. Si está bien alegrarse de que por fin las Naciones Unidas lograran salir de algunas de sus peores atascaderos, ciertamente se hiela la sonrisa cuando se recuerda que después de tanto tiempo, no hemos podido acabar con una situación caótica que no es ni guerra ni paz.

“De buena gana”, decía el Soberano Pontífice, “reconocemos los esfuerzos incesantes de notables estadistas quienes, durante un año o más, entregados a una serie de conferencias casi ininterrumpida y fatigosa, han trabajado por convertir en realidad lo que los hombres sinceros del mundo entero desean y anhelan ardientemente”. Pero también advierte que “no hay reclamo de veto alguno, venga de donde quiera, que le impida hablar en defensa de la verdad en esta hora crítica de nuestro linaje.

E insiste en ese concepto calificativo: “hora crítica”. Al paso que “algunos” se han consagrado a una obra por la paz, no todos lo han hecho así, y como resultado ingrato, afrontamos hoy disensiones acumuladas en grado tal que “nadie que profese amor a la humanidad, mucho menos la Iglesia de Cristo siempre solícita en el cumplimiento de su misión, podría cerrar los ojos ante semejante espectáculo”.

Con claridad meridiana señala Pío XII tres puntos a los conductores del mundo: 1) Un pronto ajuste de la paz, para disipar la tremenda incertidumbre que nos abruma; 2) de una paz decente, desde luego, fundada en los principios de la justicia; 3) y dentro de un marco tal que permita las enmien-

das y los cambios que con toda seguridad el transcurso del tiempo hará impostergables.

Allá en los días de la guerra, se escuchó la recomendación bien intencionada de que los tratados de la paz no se firmaran con precipitación, que se dejase antes transcurrir un período en que los espíritus, en especial el de venganza, se apaciguaran; pero quienes con tanta sinceridad sugirieron esta prudente medida, no se imaginaban que se retardaría hasta el colmo la conclusión de la paz, ni que se la enfocaría en tan mala manera; a tal punto que estadistas hay que han postergado la solución de la paz para provecho de sus oscuros designios. Se ha agotado ya todo tiempo prudencial, y sonado la hora de obrar con determinación.

Y es aquí donde el segundo punto del Papa calza admirablemente; la paz en el orden tranquilo, para ser duradera, debe ser justa y decente. Toda otra paz, cualquiera que sea, no constituirá sino el preludio de una nueva guerra.

El Santo Padre advierte en seguida dónde puede estar la semilla de otro conflicto, según señala en su punto tercero: "si queréis evitar que tarde o temprano esa paz sea violada, por culpa de su misma dureza, de las dificultades prácticas al ponerse en efecto, de sus defectos y limitaciones inherentes, de las omisiones e insuficiencias quizás inevitables hoy", los tratados de paz deben tener el cuidado de abrir el camino a las revisiones futuras.

Quienes al fin de cuentas, a pesar de sus gestes, obstruyen la senda de la paz mundial; quienes la quisieran, pero sólo a medias, pues no quieren sacrificar su prosperidad terrena ni un ápice, obrarían cuerdamente si ponderaran estas palabras del Santo Padre:

"Durante los largos años de la guerra y del período que la sigue, la naturaleza humana, presa de innumerables e indescriptibles sufrimientos, probó estar dotada de un increíble poder de resistencia. ¡Pero este poder tiene sus límites!

"Para millones de seres humanos, esta facultad ya ha colmado sus bordes; se ha dilatado demasiado el resorte, al punto que el menor golpe podría quebrantarlo, precipitando consecuencias irreparables. La Humanidad quiere poder alentar de nuevo sus esperanzas".

● EL HAMBRE Y LA MISERIA SE MANTIENEN.

En su mensaje de Navidad hace el Santo Padre de nuevo un llamado ferviente de ayuda a los muchos millones de seres que se consumen en la miseria. Y con razón insiste sobre el

particular. Aun las peores noticias, cuando se repiten durante un tiempo, acaban por dejar indiferentes a quienes las reciben. Más aún si, como en el caso de Alemania, hay especial interés en restarles importancia.

Pero, a pesar de la censura, continúan filtrándose informaciones. Así, un cable del 8 de diciembre (U.P.) comunica las declaraciones de un destacado dirigente obrero alemán en la zona británica en el sentido de que "los sindicatos alemanes saben cuánto tiempo podrían impedir todavía que los trabajadores se declaren en abierta revuelta si la situación alimenticia continúa empeorándose... Apeló a la conciencia del mundo para que Alemania fuera salvada de la muerte por hambre".

En un artículo publicado en "Catholic Action News", semanario de la Diócesis de Fargo, el Ordinario del lugar, Excmo. Mons. Luis J. Muench, quien actualmente cumple funciones de coordinador entre la Iglesia y las fuerzas estadounidense de ocupación en Alemania, describe el espectáculo desolador que ofrece la situación interna de aquella derrotada nación.

La cosecha alemana no alcanzó las cifras calculadas, ni los embarques de los Estados Unidos proporcionaron las cantidades suficientes para cubrir la demanda de los meses invernales, tanto por las dificultades del transporte como por las huelgas; los sufrimientos llegan a su máximo grado en la zona industrial y urbana del Ruhr, donde la agricultura no tuvo nunca gran desarrollo, manifestó el Prelado.

Refirió Monseñor Muench cómo, al detenerse en un hospital en Dortmund cuya capacidad de 300 camas estaba totalmente cubierta, comprobó que la provisión de patatas estaba casi agotada, mientras los campesinos no podían donar nada al hospital por prohibirlo las autoridades, que ejercen un control muy rígido en su lucha contra el mercado negro. En muchas ciudades han ocurrido motines a causa de la situación respecto de los alimentos; en Hildesheim colocaron carteles en las paredes de edificios en ruinas, urgiendo al pueblo a conservarse sereno durante el racionamiento "temporal" del pan y las patatas, que coincidiría con la distribución de nabos. Todos los días se ven interminables filas de mujeres ante los establecimientos procurando adquirir las mercancías antes de que se agoten.

La falta de nutrición ha elevado la cifra de mortalidad, escribe el Obispo; y la tuberculosis aumenta entre los muy viejos y los muy jóvenes. La escasez de carbón agrava la situación que provoca la carencia de productos alimenticios, mientras que, por una ironía, a las mismas puertas de la ciudad de Colonia se encuentran las minas de carbón más ricas

de Europa; pero los mineros no pueden trabajarlas por la extenuación que sufren debido a la mala alimentación.

“Una luz radiante en medio de las tinieblas de esa miseria es el entusiasmo de la juventud católica, que se desborda en un variado programa de actividades... Nuevas luchas los esperan, pero su fe es fuerte y su lealtad a la Iglesia invencible”, expresa Monseñor Muench.

● PROPONESE EN LONDRES AMNISTIA PARA LOS PRISIONEROS DE GUERRA.

Tanto en los círculos católicos como en los no católicos se ha recibido con gran simpatía la campaña iniciada por el “Catholic Herald”, publicación semanal en esta ciudad, a fin que las naciones vencedoras concedan una amnistía a los presos políticos y de guerra que no sean culpables de grandes crímenes morales.

El periódico, que envió copias de su proposición a prominentes figuras de la vida pública británica, recibió en seguida muchas comunicaciones secundándola. Entre ellas se cuentan las del Excmo. Mons. Michael McGrath, Arzobispo de Cardiff, en Gales; de los Obispos protestantes de Chichester y Oxford; de George Bernard Shaw y de eminentes pensadores católicos ingleses, así como de un miembro del Parlamento.

La amnistía, propone el periódico, incluirá primeramente a los prisioneros de guerra, quienes recibirán inmediatamente el status de hombres libres, y luego a los detenidos por “delitos políticos” que no impliquen “grandes crímenes contra las leyes morales”. Con ella se “disipará la niebla de odio e incertidumbre que entenebrece a Europa” y se logrará “un enorme aumento del prestigio moral de los vencedores y de los ideales por los cuales lucharon, ante la faz del mundo”.

Monseñor McGrath manifestó al respaldar la campaña: “Todos los que profesan el cristianismo deben sostener virilmente el cumplimiento de la fundamental ley cristiana de la Caridad... piedra de toque por la cual podemos de modo más seguro comprobar la pureza de intenciones que guiaba a los estadistas y a las naciones, cuando manifestaban, tan a menudo y tan fuertemente durante la contienda, que luchaban por preservar su civilización cristiana”.

“Hasta tanto tengamos una amnistía genuina, estaremos saqueando y asesinando a la par que proclamando la paz donde no la hay. Ya hemos tenido bastantes ejecuciones de escarmiento como para producir el temor que se busca provocar con esas medidas. Aplaudo la idea del “Catholic Herald”, dijo Bernard Shaw.

● ;ALGO DISMINUYEN LAS CIFRAS!

De los siete millones y medio de alemanes que iban a ser enjuiciados como consecuencia del fallo de Nürenberg, 800,000 fueron amnistiados por el general Mac Narney —zona norteamericana— con motivo de la Navidad (U.P. 24-XII). Algunos días antes —20-XII U.P.— se había ordenado en la zona británica el procesamiento inmediato de 27,000 sujetos. Los llamados juicios internacionales han continuado entre tanto, en forma rotativa.

En Roma fueron procesados —y condenados a muerte— dos generales alemanes ante un tribunal integrado por británicos; en Nürenberg se procesa a los médicos; a continuación se sentarán en el banquillo de los acusados los grandes industriales.

Pero para todo esto no hay apuro. Bien pueden muchos centenares de miles esperar entre tanto en las prisiones, tanto más cuanto que, según un informe presentado por los especialistas en nutrición de las tres grandes potencias ocupantes del oeste alemán, “aunque las necesidades fisiológicas de la gente confinada en las prisiones son menores que las de quienes viven en libertad, las RACIONES NO BASTAN PARA IMPEDIR QUE LOS DETENIDOS SE MUERAN DE HAMBRE” (U. P., 27-XI). Se ahorra, así, trabajo a la justicia. i

Y en la zona rusa, continúan los crímenes sin nombre.

● CAE LA VENDA DE LA JUSTICIA, CLAMA EL CARDENAL FRINGS.

No todos, sin embargo, contemplan impásibles semejantes acontecimientos. El Cardenal Josef Frings, Arzobispo de Colonia, ha levantado nuevamente su enérgica voz, revelando en un sermón que su propio hermano, raptado por las autoridades seviéticas de ocupación, había muerto de maltratos.

Antes, refiriéndose al proceso contra los criminales de guerra en Nürenberg, afirmó: “Se ha dictado una sentencia que debía expiar los terribles crímenes cometidos con abuso del nombre de alemanes. Opinamos que esta expiación habría sido más perfecta si la sentencia hubiese procedido de jueces alemanes, de acuerdo con las leyes vigentes en la hora en que los crímenes fueron cometidos. Pero bien, ahora que la sentencia ha sido dictada, el sentido de justicia de todas las personas honestas, no sólo de Alemania, demanda que los crímenes cometidos en cualquiera otra parte sean igualmente

castigados, porque de lo contrario, la justicia que ahora actúa no sería aquella justicia de los ojos vendados, que procede con todos los culpables sin distinciones, sino una diosa de la victoria que aplasta a sus enemigos con la espada desenvainada”.

“Hace seis meses denuncié que catorce jueces de la Corte Suprema de Leipzig habían sido arrestados en agosto por las autoridades soviéticas. Entre ellos figuraba mi hermano, un hombre contra quien no podía hacerse el menor reproche político, un cristiano íntegro, cabal en el sentido pleno de la palabra, a quien los americanos habían nombrado miembro de una comisión llamada a restaurar la dignidad de la ley en Alemania.

“Los prisioneros fueron arrastrados de un campo a otro, y abandonados a la más amarga miseria; macilentos, morían de tifoidea. Mi hermano entre ellos, y no sé cuántos más han muerto también, sin siquiera recibir los postreros auxilios, ni sepultura cristiana.

“Nadie se ha atrevido a contradecir mi denuncia; las familias no han recibido aún una sola noticia de estas muertes. Pero nadie, que se sepa, ha querido hacer una investigación de estos atropellos, para descubrir a los culpables y castigarlos.

“Son muchos los crímenes semejantes que podrían citarse; empero, ninguno encuentra su juez”, concluía el Cardenal Frings.

● LA OPINION DE UN PRELADO BRITANICO.

“La paz futura del mundo depende de las relaciones con Rusia”, declaró el Arzobispo de York, Monseñor Garbett, hablando en Liverpool sobre los problemas que en la actualidad se plantean a Gran Bretaña.

Sobre la situación de Alemania, Monseñor Garbett estimó que el único remedio es tomar decisiones sobre el futuro del país. Las industrias deben ser puestas nuevamente en marcha si se quiere evitar una miseria permanente, y para ello, se deberán enviar grandes cantidades de carbón, a expensas de Francia.

Para concluir, el Arzobispo dijo: “Las grandes naciones desean el aniquilamiento de Alemania. Pues bien, la ruina permanente de Alemania significaría el empobrecimiento permanente de Europa, y en gran parte, el porvenir de Europa depende del resurgimiento económico de Alemania, para que vuelva a ser una nación que aporte a la Humanidad grandes contribuciones en los terrenos de la agricultura, la industria, la ciencia y las artes”.

● CON ENERGÍA CENSURA LA ACCIÓN CATÓLICA ITALIANA LOS ATAQUES ANTICLERICALES.

Los organismos dirigentes de las ramas de la Acción Católica Italiana, tanto diocesanos como nacionales, han tomado enérgicos acuerdos que condenan la campaña anticlerical recientemente desatada en el país, "ofensiva a los sentimientos nacionales" y "atentatoria a los derechos elementales de la mayoría del pueblo, que merece todas las consideraciones".

Los presidentes de las diversas ramas adoptaron una resolución conjunta en sesión especial, convocada por el Presidente General de la Acción Católica Italiana para tratar sobre los ataques que sufre la Iglesia.

Con énfasis y decisión se censura a "quienes más o menos conscientemente, por interés particular, usan la mentira y la difamación para atacar al clero, rompiendo así la unidad de la nación y humillando ante el mundo entero su tradición de honradez, bondad y grandeza espiritual, y ofendiendo, al propio tiempo, los sentimientos de los que ven en Italia y en Roma la cuna del Cristianismo y de la libertad civil".

La Acción Católica renovó su expresión de "gratitud al Santo Padre, a los Prelados y al clero de Italia, por su incesante y generosa labor de aliviar los sufrimientos y de ofrecer consuelo y esperanza en momentos en que no se recibía ayuda de nadie más".

Participan en este movimiento de protesta por los ataques y de adhesión a la Silla de Pedro, además de las ramas de Hombres, de Mujeres y de las Juventudes Femenina y Masculina, la Federación Universitaria, el Movimiento de Graduados Católicos, el de Maestros y la Asociación de Obreros Católicos Italianos.

En un telegrama dirigido a todos los organismos afiliados a la Acción Católica, el Presidente General solicita que, por medio de actos públicos de culto y otras manifestaciones, se demuestre "inquebrantable devoción al Papa, a los Obispos y al clero, y la firme determinación de defender su honor y libertad".

● ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

Al despedir al escritor argentino Juan Carlos Goyeneche, el escritor español Pedro Laín Entralgo dijo las siguientes palabras, en Madrid, el 9 de noviembre de 1946:

¿Me permites, Juan Carlos Goyeneche, que invente aquí la historia de tu linaje? Historiador soy; pero no siempre sea el oficio de historiador "vaticinar sobre huesos secos".

según la fórmula de fray Jerónimo de San José; que sea alguna vez nuestro oficio vaticinar el pasado sobre cuerpos vivos y almas abiertas al futuro.

Verás, Juan Carlos. Hace ahora muchos años —no sé cuántos; muchos—, un abuelo tuyo sintió en las dulces montañas de Vasconia que le venía estrecho su valle nativo. A sus mayores les gustó siempre más vivir en la altura que en la hondonada, y en la altura hicieron su casa: por eso los llamaron los Goyeneche “los de la casa en lo alto”. Uno de los tuyos sintió un día, como he dicho, que le venía estrecho el valle familiar. Era de tez clara y cabellos rubicundos; tenía el alma cándida y anhelante de los buenos vascongados. El mar estaba a su vera, incitante como un camino largo y difícil, y al otro lado del mar la promesa inmensa de unas tierras inacabables: tierras del Plata, bonito nombre, las llamaban. ¿No decimos voz argentina a la voz que suena bien? También sonó la voz de aquella tierra lejana en los oídos de tu abuelo, que no supo oírla quedo, y en la orilla del Plata instaló un día su ansia individual de vida futura y espacio.

Algo llevó consigo, sin embargo, además de su sangre y su sed de ventura. Llevó consigo una fe religiosa consistente y honrada, esa que se toca y se ve, todo cuanto la fe de los hombres puede tocarse y verse, en las iglesuelas barrocas y en los hogares sencillos de la tierra vasca. Llevó también una particilla de nuestro idioma, que así, alma a alma, fué llevado a la otra ribera. “Las palabras —ha escrito un pensador nuestro y vuestro— son unas ágiles avecicas que andan revolando de labios en oídos y llevan sobre sus alas misteriosos y potentes conjuros”. Y luego, más precisamente: “las palabras son los lugares donde habitan las ideas y los sentimientos”. Tu abuelo, y otros muchos con él, llevaron en sus almas a la tierra nueva bandadas de estas voladoras avecicas: una servía para llamar “Dios” a la Causa Primera de todo lo que existe; otra, que sonaba “justicia” —así, rozando la garganta, como para hacer notar su imperio ineludible—, designaba la forma primaria de la relación entre el hombre y sus concriaturas. Y, como éstas, tantas otras: “honra”, “lealtad”, “entereza”, “gravedad”, “inteligencia”... Viejas palabras siempre vivas, cargadas de los mejores conjuros hispánicos.

Todas ellas, juntas con la fe religiosa que expresaban, llevaban sobre sí, máximo conjuro, una honda concepción del mundo, como ahora decimos los pedantes, o, mejor, un modo de ser hombres, como tal debiéramos decir. Este modo de ser hombres tenía, como todos los modos de ser tienen, ele-

mentos esenciales y elementos accidentales. Dejemos estos y atendamos a los primeros. Según ellos, lo primero y principal para el hombre es el problema de su ser y su destino. "Hombre soy, y lo humano es para mí lo primero", decía, sabiéndolo o no, tu abuelo, y seguimos diciendo nosotros. Y porque es así, consideramos que la relación de hermandad entre los hombres —esa por la cual nos llamamos, antes que por cualquier otra cosa, SEMEJANTES— no es primariamente un problema de naturaleza física, sino de naturaleza espiritual, de espíritu eterno animador de carne sucesiva; en una palabra, de destino. Son hermanos los hombres en cuanto tienen, y saben que tienen, y quieren tener un común destino eterno, histórico y cotidiano; en cuanto son, todos, imagen de Dios y caminantes o viadores hacia Dios; aunque a veces ¡ay! sea torcido el camino de ese viaje ineludible. Y son, somos, doblemente hermanos, en cuanto queremos expresar ese común destino en formas de vida y en palabras similares.

Esto sentía tu abuelo; esto habían sentido también aquellos españoles del siglo XVI, cuyo modo de ser hombres motivó las siguientes palabras, dirigidas por un Obispo de América al Rey de las Españas: "Señor; los indios se van acabando, porque los españoles, a falta de mujeres, se casan con indias. Indio que puede haber una de ochenta años, lo tiene a buena ventura".

Tan hondo y firme modo de ser había de tener una consecuencia. Mírala en ti y en tu contorno, Juan Carlos. Tú, un Goyeneche, un descendiente de aquel vasco que prefirió edificar su casa en lo alto, vives en hermandad eterna, histórica y cotidiana con otros de tu linaje vasco: los Anzoátegui, los Etchecópar, los Iburguren; pero también con los Estrada, los Amadeo, los Pico, los Espezel; y, no menos que con ellos con los Beccar, los Marechal, los Meinvielle, los Labougle, los Malatesta, los Molinari, los Sepich, los Rau, los de Anquin, los Mac Kinley, los dell'Oro... ¡Cuántas sangres, cuántos linajes, cuántos valles europeos —cántabros, toscanos, alpinos, auverneses, carpáticos, escoceses, tudescos— reducidos a hermandad histórica, por obra de un viejo modo de entender el ser y el destino del hombre!

Mas no ha sido esa la única consecuencia. Otra hubo, a la vez sorprendente y venturosa, con esa capacidad de asombrar que tienen para el hombre profundo y humilde de las cosas previsibles. Porque previsible y asombroso fué, Juan Carlos, que un día os reunieseis unos cuantos, aquéllos en quienes el viejo modo de ser era más vigoroso y lúcido, y nos regaláseis a los hispánicos de esta ribera la fórmula expresa de vuestra y nuestra hermandad: "Nuestra relación con Es-

paña —dijisteis, y millones de huesos se estremecieron oyéndolo—, nuestra relación con España no es la hispanofilia, sino la hispanofiliación”. Lo diré con palabras de Palacio que tú mismo leíste un día: “Continuamos la historia de España aquí en América con el mismo título que los habitantes de la península...; ella nos es común hasta que se bifurca...; Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros, y tan nuestros como de ellos son la lengua y el Romancero y los grandes capitanes de la conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos”.

Esto dijisteis, y con ello disteis la clave de nuestra situación histórica tanto como de la vuestra, porque nuestra relación con España es también la hispanofiliación. Permíteme ahora, Juan Carlos, permitidme los demás que diga mi modo de entender nuestra común hispanofiliación.

Hace algunos años —¡cuánto tiempo, por la densidad, cuán poco, por el número!— tú, un blondo y dulcilocuente nieto de aquel otro Goyeneche, el vascongado sediento de horizontes, viniste a España. Un país “extraño”, según la opinión de los Merimée, los Gauthier, los Zetzner, los Borrow. Mas para vosotros los hispanofiliales, no es, no puede ser España un país extraño. No es tampoco ni puede ser un país familiar —no nos engañemos—, porque la “bifurcación” antes aludida no ha sido en casi siglo y medio negocio baladí. ¿Cómo es España para vosotros, entonces? Perdonenme los académicos y los puristas, porque voy a decirlo con un adjetivo nuevo: España es para nosotros un país “entraño”. Vuestra actitud ante él no es la familiaridad, sino la “entrañeza”, palabra que, como es patente, viene de INTERANEA, “entraña”, lo más íntimo y esencial de una cosa o de un asunto. España y los españoles os muestran en seguida la piel que da la “entrañeza” y las vísceras y los penetrales que despiertan —aceptadme la redundancia— vuestra filial, vuestra entrañable “entrañeza”.

Veamos con ejemplos al canto, como los narradores de feria, en qué consiste vuestra “entrañeza”. Venís a España. Veis El Escorial, el Archivo de Indias, el claustro de Silos, los gruesos tomos donde está impresa la Metafísica y la Teología de Suárez, los monjes de Zurbarán, las miradas de Goya; oís los donaires cotidianos de un pueblo avezado a dar quiebros al dolor, a la soledad y a la muerte; advertís que algunos hombres, nobles o siervos de la gleba, viven con la sencillez y la gravedad de aquel hidalgo toledano de EL LAZARILLO DE TORMES; conocéis a otros capaces de encerrarse dentro de cuatro muros para defender a muerte

una causa justa; tratáis con los que saben orar sin ostentación, pensar con rigor, mandar con llaneza y obedecer con señorío. Veis todo esto, y el palpito sutil de vuestra hispanofiliación se os inunda al punto de íntima "entrañeza": "Esto es España, éstas son la realidad humana y la hazaña histórica cuya maternidad sentimos en la entraña de nuestro ser", os decís, tácita o articuladamente, dentro del recinto insobornable de vuestro fuero interno. Por obra de una suerte de ANAGNORISIS histórica, no por esperada menos maravillosa, el sentimiento de "entrañeza" os hace identificar la verdadera madre de vuestra filiación espiritual.

Pero no todo es "entrañeza" en vuestra experiencia de España. Sentís también, cómo no, "extrañeza". ¿La misma, por ventura, que sintieron los Merimée, los Dumas y los Borrow, frente al supuesto o real pintoresquismo de nuestra vida? En modo alguno. A vosotros os extraña el verbalismo confuso y huero de algunos, la existencia de otros cuya palabra no coincide con su conducta visible, la codicia brutal de los que hacen granjería de la privación y del dolor ajenos, los frívolos a la hora en que la gravedad es urgente, los que sin la valentía de la retractación se desprenden de su pasado inmediato, quienes desde un puesto de mando prefieren declarar que sus amigos son los mejores a conseguir que los mejores sean sus amigos; y luego los blandos, los afectados, los enfáticos en el decir o en el hacer. Cuando veis todo esto, vuestra entrañable hispanofiliación se rebela, y este movimiento de rebelión se manifiesta en forma de "extrañeza".

Amasada de una y otra, de extrañeza y de entrañeza, está vuestra experiencia de España. Algunos —¿para qué dar nombres?— se dejaron dominar por la primera, a lo cual siempre conspira alguna influencia ajena a nosotros, y volvieron a la otra ribera desesperanzados, cuando no malédictos. Otros, en cambio —entre ellos, muy en cabeza, tú y los tuyos—, sabéis poner siempre la esperanza que nace de la entraña sobre el desánimo que a veces engendra el primer contacto con nuestra superficie, aunque la operación no sea siempre fácil. Sabéis hacerlo, a la postre, porque vuestro ánimo es joven y, como decía Quevedo y suelo yo repetir,

no admiten el invierno corazones
asistidos de ardiente valentía.

Mas también, creo, porque la sensibilidad de vuestra hispanofiliación, agudizada por los primeros choques con la realidad de España, os permite descubrir pronto que en esa realidad,

abierta a vuestros ojos con largueza, cuando no con manifiesto desgarro, celtibéricamente, hay no pocos hombres situados frente a su patria en actitud muy semejante a la vuestra. Ante ti se sientan unos pocos; fuera, en los caminos de España, viven muchos más.

Estos hombres, jóvenes de edad en su mayoría, de alma todos, se declaran también hijos de España; o mejor aun, de "una" España, la España ejemplar, la única España frente a la que cabe el orgullo de la filiación. Con mucha modestia, pero con irrenunciable gravedad, se sienten hoy activos titulares de su espíritu, ya que no pueden ser repetidores de sus hazañas. Tal vez no lograrán componer otro QUIJOTE, pero saben escribir con ambición de universalidad y vivir con entereza quijotesca; tal vez no darán al mundo un Suárez o un San Juan de la Cruz, pero entienden la mística y, a su manera —la manera de nuestro tiempo—, quieren pensar con rigor metafísico y teológico; acaso no vencerán en lides tan resonantes como las de Lepanto y Mühlberg, pero están dispuestos a morir otra vez como en Brunete y en el Ebro. Por todo esto, como vosotros, pero con más íntimo dolor y angustia más lacerante, sienten extrañeza, honda extrañeza frente a todo lo que no concuerda con su arquetipo o idea ejemplar de España.

Estos hombres no se conforman, sin embargo, con crear, soñar y extrañarse. Dijo hace sesenta años un alemán genial y enajenado, y lo enseñó entre nosotros Ortega hace cuarenta, que la patria no es la tierra de los padres —"Vaterland"—, sino la tierra de los hijos —Kinderland—. Nosotros queremos más. No nos conformamos sino con una patria que sea a la vez "Vaterland" y "Kinderland". O, si preferís decirlo de otro modo: queremos que nuestros hijos no tengan sólo padres, mas también abuelos conocidos. Como todas las ideas ejemplares, nuestra idea ejemplar de España no es histórica u ocasional, sino eterna, y, por lo tanto, capaz de expresarse con diversidad analógica en los más diversos tiempos, como la santidad, la justicia y las verdades de los hombres. Cabe en ella lo mejor de nuestro siglo XVI, pero no menos caben la hazaña de Balser y la del Alcázar, la acción titánica de Menéndez y Pelayo y la obra rigurosa de Menéndez Pidal, las páginas más cimeras de "Azorín" y la doctrina de José Antonio, los versos de Rubén y los lienzos de Zuloaga, el "Martín Fierro" y el indio Juan Diego, los hallazgos de Cajal y el canto de maitines de nuestros monasterios. Caben en ella también, y esto es lo que más nos enciende el alma, las obras, los decires y los sentimientos mejores de los hombres hispánicos que vivirán en 1980 y en el siglo XXI; "la gema iridis-

cente de la España que puede ser", para decirlo vertiendo hacia el futuro una expresión maravillosa dicha mirando hacia el pasado.

Por eso te decía, Juan Carlos, que estos españoles no se conforman con creer, soñar y extrañarse. Entienden a España como empresa, y quieren obrar creadora y eficazmente. Lo quieren, además, con resolución y gravedad muy enteras, y ven cada vez más claro los dos grandes deberes que su empeño exige: un deber de ambición y otro de rigor. Ambición y rigor, rigor y ambición. Sin ambición, el rigor y la precisión dan, a lo sumo, obras de marquetería; sin rigor ni precisión, la ambición se deshace en retórica vana o se transmuta en resentimiento. Con ambición y rigor cada vez más hondamente sentidos, emprenden diariamente algunos españoles su trabajo de escribir, cavilar, curar enfermos, abrir legajos, construir máquinas, mandar hombres o administrar una parcela de cosa pública. Y piensan que ningún español debiera nombrar las tres carabelas, ni hablar de los conquistadores, ni de las Leyes de Indias, ni de la fundación de Universidades en América, si no da cada día testimonio suficiente de su ambición y su rigor. Esto queremos, así lo queremos. ¿Lograremos entre todos que nuestros hijos, los españoles de 1980, quieran transmitir a los suyos la herencia de sus padres? He aquí nuestro constante, nuestro acuciador problema.

Viniste un día, Juan Carlos, y nos trajiste el testimonio de vuestra hispanofiliación. Hoy vuelves a la tierra cuya voz cantó en el oído de tu abuelo, y tienes el compromiso de dar allí el testimonio de la nuestra. Cuenta todo a los verdaderos hispanofiliales: tu entrañeza y tu extrañeza, nuestra insatisfacción y nuestra esperanza, nuestros logros y nuestros proyectos. Diles que los españoles de aquí —por lo menos, los que aquí sienten en sus almas esa ambición y ese rigor— les exhortan a ser hispana, humana, cristianamente ambiciosos y exigentes de sí mismos. Diles que les necesitamos, porque somos españoles, y no nacionalistas. Diles, Juan Carlos, que a todos cuantos en entrambas riberas sepamos ser fieles a nuestro alto deber, pocos o muchos, ricos o pobres, talentosos o simples de espíritu, nos está aún reservada una de las más hermosas esperanzas de este mundo. Dios te ayude ahora a encontrar las mejores palabras para decir todo esto y a cumplir las mejores acciones para mantenerlo.

L. V. F.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071, que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

IMP. "EL ESFUERZO", EYZAGUIRRE 1118. - SANTIAGO

Precio: \$ 8.40

16960YA 295
LBC
09-04-03 32180 XL



